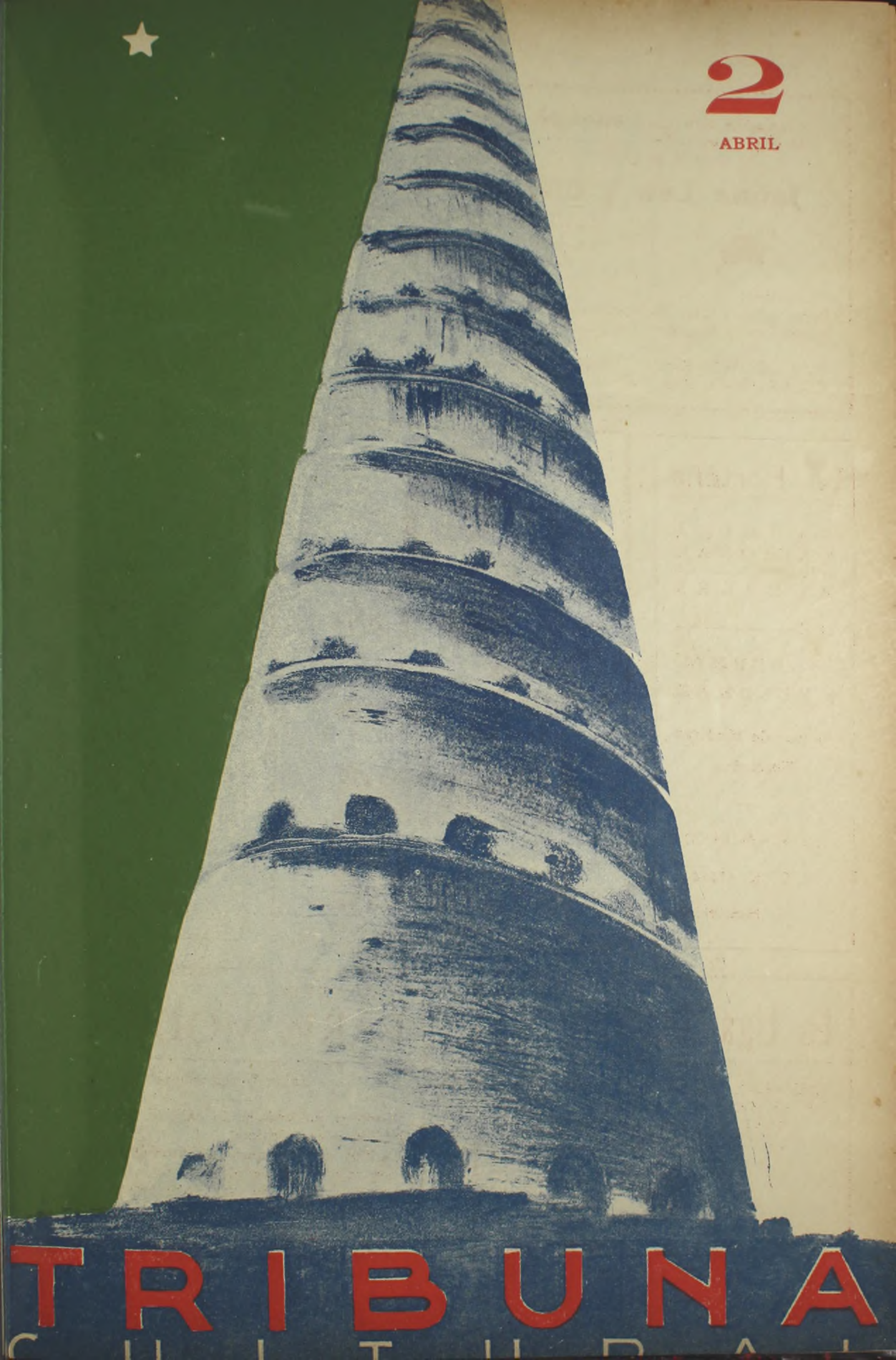




2

ABRIL



TRIBUNA

CULTURA

Compañía Uruguaya Explotadora
Montes Nacionales
" C U E M O N "

Jaime Lew y Cia.



Aserraderos
Cajoneras
Barracas

Sucursales:

Jaime Lew y Cia. Maldonado

Jaime Lew y Cia. Est. La Floresta

U. T. E. 26679 Escrit. 25993 Partic.
VILARDEBO 1875 MONTEVIDEO

Pablo Krupin

Estudio comercial

CONTABILIDAD
BALANCES
TRAMITES:
BANCARIOS
JUBILACIONES

CONVENCION 1288

U. T. E. 8-57-36
MONTEVIDEO

La Porteña

FABRICA
NACIONAL
DE
MUEBLES

DE

SILBERMAN
y FELDMAN

Ventas de Maderas
Terciadas

DEMOCRACIA 2022

U. T. E. 42552

Montevideo



*Esta
es la
única*
Gomina
*hay una sola y es la
- fabricada por*
BRANCATO

EL GAUCHO

Compra y venta de
automóviles. - Surtido
completo de repuestos
para toda marca de
autos y ómnibus

CUBIERTAS
Y CAMARAS
DE
OCASION

Av. Gral. Flores, 3027

Esq. Bella Vista y

Municipio

TELEF. AUT. 25245

Montevideo

La Liga Sanitaria

EMPRESA DE PROYECTOS, CONS-
TRUCCION, REFACCION Y DES-
OBSTRUCCION DE OBRAS
SANITARIAS



18 DE JULIO 1856 — MONTEVIDEO
U. T. E. 43315-43847

MUEBLERIA

PARIS MODELO

Fabricación propia

Muebles y Tapices de calidad, clásicos,
estilos y económicos.

Surtido más completo en muebles y pre-
cios más bajos de plaza

Acepta órdenes de todas las Cooperativas
y Mutua Militar.

Catálogo gratis

SAN JOSE 830 entre Andes y Florida

U. T. E. 8-2788

Tribuna

MONTEVIDEO

☆

Sumario

☆

A dónde va Hitler?	
Desafío a los que queman libros	H. G. WELLS
La esterilización y las leyes de Hitler	PAULINA LUISI
Dominio y espíritu	A. GERCHUNOFF
El Desfile	H. LIEPMANN
Exégesis de "Los Altos Mitos"	LUIS A. GULLA
Los Altos Mitos	EMILIO ORIBE
Existe un concepto del mundo 'judío'	A. EINSTEIN
La corona de rosas	P. HIRSCHBEIN
Dario Viterbo y Leopoldo Kretz	A. GOTTLIEB
Federico Engels y el Antisemitismo	
El dinamismo de la poesía Hebrea	E. DHOME
Arios y no arios	FRANZ BOAS
Moisés	G. VALENCIA
Es posible suprimir la guerra?	S. FREUD
Yo, el extranjero	M. PAZ
Heine, periodista	CORPUS BARGA
Charles Chaplin (Ensayo)	S. HERSCHKOVIC
El verdadero significado del plan Rosenberg	ERNEST HENRI
Los juegos olímpicos de Alemania	J. T. MAHONEY

ABRIL

Organo Cultural del Comité de Ayuda a las Víctimas del Nazismo

Redacción y Administración: J. Herrera y Obes 1170

REDACTOR RESPONSABLE: José Wainstein

¿A DONDE VA HITLER?

¿Qué queda de Alemania tres años después del advenimiento al poder del sangriento dictador nazi? La respuesta está a flor de labios: campos de concentración, asesinatos en masa, sangrienta represión del semitismo. Tal en pocas palabras el cuadro macabro que ofrece en su interior el Tercer Reich.

Tres años después de la ascensión del hitle-rismo nada queda de aquella poderosa clase media que ha dado sus mejores hombres a Alemania.

Primero aplastó brutalmente al proletariado. En los siniestros campos de concentración se pudren millares y millares de aquellos de sus dirigentes que pudieron escapar con vida de la represión antiobrera llevada a cabo por el hitle-rismo para acallar su protesta.

Después, poco a poco, ha terminado también con la clase media que tantas y tan grandes esperanzas depositó en el nacional-socialismo. Nada queda de ella. Nada como no sean miserables piltrafas que se arrastran sumisas y serviles a los dictados del nazismo.

Capítulo aparte merece lo que ocurre con los judíos. Nunca, en ninguna época ni lugar, la represión contra el semitismo ha alcanzado los caracteres de sangrienta barbarie y de repugnante salvajismo que en Alemania.

El nazismo cual jauría salvaje, excitados los sentimientos más innobles y los apetitos más inferiores del pueblo alemán, se ha lanzado a la destrucción y al exterminio, al asalto y al despojo de una raza cuya civilización varias veces milenaria, tanto ha hecho por la grandeza del pueblo alemán y por la cultura toda de la Humanidad.

Así nos es dado contemplar en pleno siglo XX, el espectáculo degradante para todo hombre medianamente civilizado de la persecución despiadada del pueblo judío, persecución que empalidece a los pogroms de los siglos medievales y a las matanzas sistemáticas con que los últimos zares intentaban emborrachar al pueblo ruso para hacerle olvidar la esclavitud en que vivía.

Pero los odios y las persecuciones del nazis-

mo no se limitan a los judíos. En su política religiosa el nuevo paganismo germano al tiempo que en grotesca caricatura pretende restaurar los viejos mitos; la emprende contra la iglesia católica. Sí; contra esa misma iglesia católica que toleró y fomentó la persecución antisemita y que ahora sufre en carne propia las consecuencias de la intolerancia por la fuerza brutal del nazismo. Contra esa misma iglesia católica que ahora mismo acaba de ordenar de los pulpitos de sus templos, que sus fieles acompañen a Hitler en su agresiva política internacional.

Si sombrío es el espectáculo interno, no son más luminosas las líneas que proyecta el nacional-socialismo hacia el exterior. Hitler quiere llevar hacia afuera los mismos métodos y el mismo sistema que practica en lo interior. Los mismos métodos y el mismo sistema de destrucción de conquista, de barbarie.

Su objetivo inmediato es la Rusia Soviética. De ahí la política de aparente pacifismo frente a Francia, con la esperanza de que ésta le dejara las manos libres para actuar por el lado del Este. Pero la reciente alianza militar franco-rusa ha dado en tierra con los planes del nazismo. Impacientes, viendo abortadas sus maquinaciones de aislar a Rusia y sintiendo subir a su alrededor la marea del descontento popular no ha vacilado en desafiar al mundo entero ocupando militarmente Renania como anuncio previo de sus furores bélicos. Y decimos al mundo entero, porque si bien la remilitarización de la Renania afecta directamente a Francia, no es menos cierto que el paciente y trabajado sistema de alianzas que ésta se ha creado, le aseguran la colaboración de la mayor parte de las potencias europeas.

La guerra parece ser inminente: Nada en efecto es capaz de evitarla. El nazismo la quiere, la necesita. Hitler va a encender la hoguera cuyas proporciones y consecuencias es imposible prever. Formulemos votos para que sobre las ruinas de la Alemania ensangrentada de los nazis se levante una Alemania libre, digna sucesora de la Alemania de Spinoza, de Goethe, de Heine, de Beethoven y de Einstein.

Desafío a los que queman libros

Por H. G. WELLS

NO tengo pleito legítimo con los que queman libros. Hubo una época en que mis libros se consideraban peligrosos, y algunos de ellos fueron quemados. Comprendo ahora el homenaje que ello significaba para mí. Es un homenaje para cualquier autor que sean quemados sus libros. Más libros míos quemen, con la condición de que los compren y paguen como es debido, y más me alegraré.

Una vez quemé yo mismo un libro. Fué una dura tarea, una operación horrible. Duró unas tres horas. Primero se retorció la tapa, como un ser viviente, despidiendo un olor abominable. Luego brotaron llamas del resto del libro y se chamuscó en el fuego. Lo hurgué con un atizador, obteniendo muy poco resultado. Entonces me puse a agitarlo con las tenazas hasta que estuvieron demasiado calientes para tenerlas en la mano. Lo abrí página por página. Me ennegrecí las manos, me ensucié los puños y se me rompió el cuello. Hice todo esto en una chimenea, en una casa de campo. Cuando por fin, después de horas de esfuerzos, me fuí a acostar sigilosamente, como un asesino, demasiado acalorado y afiebrado para dormir, había aún sin quemar en la chimenea varios cuadernos de papel impreso. Semanas más tarde encontré páginas de este libro que desde el montón de cenizas volaban a todas partes, invadiendo la región. Tropecé con un obrero agrícola que intentaba leer una de esas páginas. No creo que antes se le hubiera ocurrido leer en su vida un libro, de modo que ahí tienen ustedes lo que se gana con quemar libros.

Quemar libros es simbólico. Cuando se quema un libro se adopta una forma melodramática de mostrar que se quiere destruirlo y ponerlo fuera del alcance humano. Pero con quemarlo, nunca se destruye un libro: se destruye solamente un ejemplar del libro y nunca se apagan las ideas que contiene. Ningún libro ha sido suprimido por las llamas. Ningún libro ha sido reducido a silencio por la censura. Los libros son

un refugio y una reserva de poder. Las muelas de los libros trituran lentamente, pero trituran hasta pulverizar. Pueden sufrir los hombres y pueden morir, pero el pensamiento humano materializado en la ciencia y la literatura sigue avanzando.

Quisiera yo que sólo quemando libros se desahogara la maldad de la intolerancia. Desgraciadamente la intolerancia no siempre se conforma con quemar o proscribir los libros. Descarga sus golpes sobre quienes los leen, los escriben o los divulgan. Y éstos son más vulnerables.

En este momento, en muchas regiones del mundo hay una epidemia de intolerancia, que adopta formas nuevas y repugnantes. Resulta muy fácil a un escritor de ideas radicales excepcionalmente afortunado y mimado como yo, hablar valiente y jocosamente de la quema de libros en Inglaterra, pero plantearía un problema muy distinto a un escritor de ideas semejantes a las mías el hacer lo mismo en Rusia, o en Italia, o en Alemania; sobre todo en Alemania. El escritor sinceramente radical se dedica, hoy por hoy, en Alemania, a un oficio muy aventurado y peligroso. Se le persigue, se le manosea, se le calumnia. Se le hiere en su familia y sus amigos. Indudablemente se le privará de lo que posee. Estos hechos no se discuten. Son hechos demostrados hasta la saciedad.

La energía propagandista y monopolizadora de una raza particular — raza encantadora pero enfermiza e incurablemente nacionalista — no debe engecernos acerca de la realidad de lo que acontece en Alemania. Lo que ocurre en Alemania no es un pogrom. Son los judíos quienes hacen más ruido, pero no son los judíos los únicos que sufren. Intervienen toda clase de elementos en la situación. Lo que sucede en Alemania es, más que nada, otra cosa.

El progreso es irritante, y el ignaro ha ascendido por fin. El progreso es el colmo para él. Así, pues, hay una revolución del ignaro contra el pensamiento, contra la sensatez, contra los libros. Nadie sabe adónde conducirá.

Pero no sólo en Alemania están desapareciendo las amplias tolerancias con que se inició este siglo. Ocurre lo mismo en todas partes del mundo. En todas partes está el inculto erguido, ostentando sus insignias, haciendo su saludo, urdiendo sus crueldades. ¿Estamos seguros en alguna parte? Personalmente, no estoy convencido, en modo alguno, de que así sea. Como escritor, tengo el privilegio de ser invitado a muchos almuerzos de hombres de letras. Me parece que en el plazo de diez años esos almuerzos podrían ser reemplazados por reuniones de linchamiento de

PARA "TRIBUNA CULTURAL"

La Esterilización y Las Leyes De Hitler

Por la Dra. PAULINA LUISI

¿La esterilización? ¿Su objeto? Impedir la descendencia de criminales (en cuanto determinadas condiciones fisiológicas sean causas etiológicas del crimen), de locos, de enfermos con enfermedades transmisibles, de alcoholistas, por las repercusiones de la intoxicación alcohólica sobre la descendencia, de idiotas, en una palabra, de productos degeneradores de la especie. Política de eugenesia negativa que hoy no es posible rechazar, y que indiscutiblemente es una excelente profilaxis en defensa de la raza.

¿Que ha sido mal entendida? Nadie lo duda. Que ha sido más de una vez mal aplicada, exagerada muchas...

Aplicada a determinados seres afectados por enfermedades hasta hoy consideradas como productoras de distrofias hereditarias o degeneraciones, especialmente mentales; a seres incapaces de un self-control sobre los instintos primarios que los haga aptos de dominarlos es una conquista innegable de la ciencia médica quirúrgica, y de importantes y útiles proyecciones sobre el saneamiento físico social de los pueblos.

Cierto es que la ciencia está lejos de haber dicho la última palabra sobre los secretos de la herencia; pero tampoco ha dicho aquella que nos enseñe a transformar en útil, el producto viciado de una semilla malsana, ni durante la gestación, ni después del nacimiento.

La experiencia, en cambio ha mostrado cientos, miles de seres tarados física o espiritualmente, aun sin llegar a la anormalidad absoluta, a la estupidez, y proviniendo indiscutiblemente de malas cepas, llámense ellas alcoholismo, demencia, idiotez o de otro modo...

Entre tanto, la colectividad está cada día más grávida de cargas sociales, seres inútiles, can-

tidades muertas que desvían a su servicio fuerzas necesarias sacrificadas a su incapacidad o su nocividad; porque un día, un hombre, en el goce de sus inalienables derechos individuales, (sin percatarse que ellos concluyen allí donde perjudican aquellos de otros), dió rienda suelta a sus instintos, satisfacción a las exigencias de su propia naturaleza.

¿Cuántas sois, madres desventuradas, las que cargáis esa cruz...?

La sociedad castiga al que se apodera del bien material de otro, estimando que ofende sus derechos... pero mira con la más absoluta indiferencia que se lesionen los más sagrados derechos del ser humano, el derecho a la salud física y espiritual, permitiendo que se engendren frutos enfermos y desgraciados... el derecho primordial a la vida sana, no ha preocupado aun...

¿Cómo hacerlo? ¿Cómo impedir que transmitan vida, esos seres tarados, anormales graves, imbéciles, locos, alcoholizados hasta esos semi-locos tan maravillosamente burilados por Brieux? Si hasta los que tenemos por cuerdos son frecuentemente, demasiado frecuentemente, incapaces de responsabilidad genésica.

¿Entonces...?

Cuanto pesa el derecho individual ante ese otro derecho del hijo que no pidió la vida, pero que de recibirla, exige las condiciones de vigor físico y espiritual que son el patrimonio de la especie.

No quiero dejarme arrastrar por tema predilecto...

Ratifico los puntos de vista, ampliados tal vez hoy, que expuse hace ya no pocos años. (Revista de Filosofía y Letras, del doctor Ingenieros, Buenos Aires 1916, Eugenesia).

Esto para decir que el asunto está lejos de ser nuevo...

Se ha propuesto el certificado prenupcial de salud, sobre el que mucho habría que decir... no es el caso aquí, en que nos referimos a la esterilización de la que tanto se ha hablado en estos últimos tiempos merced a las innovaciones del amo de Alemania.

Naeke la propuso desde mucho tiempo atrás en una tesis aparecida en los "Archiv fur Kriminal -Anthropologie und Kriminalistik" (vol. XIII). Lohmer apoyó esa idea, (Umschan, 1908), Daniels lo mismo. El gran criminalista Wilm la sostiene, Rentoul, en el congreso de la British Medical Association de Toronto, 1906, la llevó exagerando las categorías de personas que debían ser sometidas a ella. Lombroso defendió calurosamente la tesis.

Ella ha sido llevada a la realización desde 1907 en el Estado de Idaho, EE. UU. y luego en varios otros estados de la Unión Americana, Connecticut, Iowa, Nevada, California, Nueva Jersey, Washington y otros.

La ley de 9 de mayo de 1907 de Indiana, EE. UU. dice:

"Considerando que la herencia desempeña un papel muy importante en la transmisión de la criminalidad, el Congreso del Estado de Indiana ha decidido que a partir de la promulgación de la presente ley, serán especialmente agregados a los Establecimientos del Estado encargados de la custodia de criminales incorregibles, de imbéciles, de alienados, dos cirujanos de habilidad reconocida, cuya misión será, examinar conjuntamente con el médico jefe, el estado mental y físico de los asilados que les sean designados por el médico del Establecimiento y el Consejo de Dirección. En caso de que los expertos y el Consejo juzgaran que no conviene permitir la procreación a los individuos examinados y si no existe ninguna probabilidad en favor de su mejoría mental, los cirujanos estarán autorizados para hacerlos infértiles por aquella operación que estimaren como la más segura y efectiva. Esta operación solo será hecha a los sujetos declarados no mejorables o que se presuma tales".

El "Archiv fur Kriminal Anthropologie" (septiembre 1908) dice que en esa fecha se habían hecho 300 castraciones.

Se ha dicho CASTRACIONES con toda impropiedad, pues la operación realizada era casi siempre la VASECTOMIA, es decir la extirpación o sección de los canales deferentes, conservando la glándula noble; raras veces la extirpación de esta última.

Haton, director del asilo de alienados de California ha escrito: "En la aplicación de la ley de esterilización procedemos con prudencia. En la mayoría de los casos hemos evitado toda in-

tervención arbitraria, no procediendo sino con el consentimiento de los interesados o de sus parientes a quienes se ha hecho conocer la naturaleza de la operación y sus consecuencias. En algunos casos raros hemos esterilizado algunos sujetos sin pedirles su consentimiento. Las operaciones efectuadas han sido, en el hombre únicamente la vasectomía, y en la mujer la salpingectomía; rara vez la coforectomía".

Desde el punto de vista del ejercicio de la función sexual, no se ha observado modificación alguna y esos resultados favorables, estudiados durante muchos años han inducido a Mr. Hatch a recomendar la esterilización de criminales reincidentes, de alcoholistas, epilépticos, perversos sexuales y morales y sujetos atacados de locuras recurrentes.

He de observar de paso que la esterilización en tanto que operación quirúrgica es poco menos que inofensiva en el hombre, al paso que en la mujer es delicada en cuanto que exige la abertura del abdomen para ser realizada.

Desde 1907, que llamáramos la fecha inicial de su adopción legal, hasta la actual, son varios los países que la han incluido en su legislación, o lo tienen proyectado, así Suiza, Dinamarca, Inglaterra, Suecia, Finlandia, Noruega, Japón, etc.

Una vez más Hitler ha imitado la legislación sana de otros países, para darles una finalidad que no es precisamente la eugenésica... Porque frente al caso Van Leube, a la expulsión de los judíos, a los famosos campos de concentración, a la interpretación extraordinaria de su antecesor Guillermo sobre los tratados... "pedazos de papel"...!, cabe también la esterilización de los seres humanos a la manera como se yerran nuestros ganados, en serie, por rebaños, por majadas, por tropas... parando rodeo y, a lo que caiga.

Una vez más Hitler imita... con la elegancia del oso que pretende ser gacela... pesadamente... Brutalmente... Inconsultamente...

Esa es la originalidad de Hitler, que indigna, que subleva... Parece haber leído cifras enormes, que no me atrevo a repetir.

Es imposible aceptar que respondan a la finalidad, científica, profiláctica digámoslo así que persigue la eugenesia.

Y cabe entonces preguntarse con angustia, ¿qué se esconde bajo sus leyes, camoufladas de higiene racial, de profilaxis social...?

DOMINIO Y ESPIRITU

Por ALBERTO GERCHUNOFF

I

EN las arengas y en los artículos que conocíamos del Sr. Hitler resultaba difícil aislar las ideas generales con la suficiente coherencia como para definir una concepción integral de la sociedad. Se presentaba ante el mundo como un jefe en quien se encarnaba el descontento provocado por la falta de eficacia de los gobiernos democráticos y como primer articulador de un programa de aspiraciones de carácter nacionalista: una Alemania impuesta en el exterior por su fuerza y redimida en el interior por la solución de los problemas que los partidos transigentes descuidaron y agravaron con su impavidez. Sin embargo, las ideas generales le tentaron con frecuencia, y ello no es extraño si recordamos que el canciller alemán estuvo en contacto, en el período de maduración de su mentalidad, con las corrientes ya debilitadas del socialismo vienés, reflejado en los sindicatos obreros en que militaba. En aquella época asomaba ya en su pensamiento la hostilidad al cristianismo y la tendencia a buscar una desviación del sentimiento religioso hacia el acervo primitivo de la mitología germánica. Desde este punto de vista, el Sr. Hitler se mantenía dentro de la tradición filosófica y literaria de su raza. El incierto agnosticismo de Lessing y el paganismo de Goethe constituyen en realidad una actitud anticristiana, y la "libertad para filosofar" que reclamaban los maestros en la cátedra, en el siglo XVIII, ocultaba en el fondo una paradoja de racionalistas. Mas, esa actitud para las creencias de origen oriental no daba al político y al caudillo una visión esencialmente personal de la vida. Su diseño del Tercer Reich, distendido sobre territorios conquistados, la substitución de los medios de consentimiento popular por otros que están fuera de la contemporánea estructura de la democracia, el reemplazo de los grandes emporios industriales por el retorno a una especie de trabajo de artesanos, no lo alejan en sus principios de las plataformas conocidas ni en sus procedimientos prácticos de los que se aplican en Italia o en Rusia con un sentido radicalmente opuesto. Lo que confiere originalidad al sistema del señor Hitler es su reciente discurso en la fiesta de los juegos gimnásticos de Stuttgart. El Sr. Hitler habló en ese acto contra la influencia intelectual.

II

SU tesis se resume en pocas palabras. No son los débiles filósofos —dijo— los que protegen al pueblo, sino los hombres fuertes. Y agregó: Los pueblos espirituales, sin valor ni fuerza, estarán siempre obligados a ser preceptores de las razas más sanas. He aquí su doctrina. No debe interpretarse esta manifestación como un golpe a la tarea que se realiza en las universidades y en los laboratorios. No es esa tarea la que comprende su concepto del "falso saber". No es una agresión a la cultura utilitaria, sino un ataque a la civilización. Se da cuenta de que un país que cultiva la esperanza de dominio más allá de sus fronteras históricas, y de imposición de sus productos en los mercados de ultramar requiere el concurso incesante del especialista y del técnico. Necesita constructores, inventores, aplicadores, puesto que el comercio exige el servicio de las ciencias útiles. Lo que desea es separar esa labor de experimentación de análisis, de descubrimiento, de las preocupaciones desinteresadas de la inteligencia, esto es, de lo que tipifica tan profundamente el desarrollo del hombre alemán. Al anunciar ese propósito obedece el Sr. Hitler a un instinto que es común en todos los que asumen con ánimo despótico el regimiento de una comunidad. La historia nos ofrece ejemplos uniformes de ese tipo de gobernante. En cualquier edad y en cualquier conjunto en que aparece el dominador sea consecuencia de un movimiento traído por sacudidas sociales o consecuencia de la función providencial que se atribuye tiende a eliminar los elementos que por su misma naturaleza se substraen a su dirección. ¿Qué causas se encuentran — para citar un acontecimiento remoto — en el conflicto de Felipe el Hermoso y el papa Bonifacio VIII? El Rey de Francia aspira a formar una Iglesia gálica, no sujeta tan decisivamente a deberes de orden universal como los que implicaba su manejo en Roma. El Papa, no obstante sus intereses temporales, representaba el poder del espíritu, lo no gobernable, lo no policiable desde el gabinete real o ministerial. El Rey conspiraba contra la religión organizada porque no disponía de recursos para someterla. Por razón idéntica trabajan los ministerios del Sr. Hitler con objeto de coordinar las diferentes tendencias protestan-

tes en un haz regible por funcionarios dóciles, mientras el catolicismo le inspira la inquietud de un poderío sospechoso. Y es porque, al ser un poderío autónomo dirigido en Roma, o sea poderío de catolicidad, puede ser contradictorio con su propio poderío; su gobierno rechaza la acción del espíritu, que, a su vez, es un gobierno de almas. Domesticadas las Iglesias luteranas, y en la dificultad de afrontar una batalla con el catolicismo, cuya solidez secular supera los contrastes eventuales y mueve con energía la conciencia mundial, emprende la campaña contra la militación libre de la filosofía y de la literatura. Sin duda, al proceder con esa violencia, olvidan los reyes ocasionales o los déspotas, que su política de sofocación espiritual reitera estérilmente antiguos ensayos. ¿En qué se diferencia la exclusión del pensador no recluido en el dogma oficial del Estado, del poeta que no canta el desfile de las tropas de choque, del escritor sin rienda en la Cancillería, de la actividad antialfabética de Don Fernando VII? El monarca clausuró los institutos universitarios en que se refugiaba la riqueza substancial de España, para abrir escuelas de tauromaquia, y declaró en uno de los preámbulos del memorable decreto: "Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir". El Sr. Hitler no clausura los institutos; se conforma con ceñirlos a una misión fija y abre a su manera las academias tauromáquicas al exaltar el atletismo en oposición al ascendiente del trabajador intelectual. Lo que era en el primer cuarto del siglo pasado un impresionante retroceso, es en nuestro tiempo un fenómeno más asombroso. Revela que el canciller alemán no estima los datos de la experiencia. Supone que basta prohibir el afán de pensar para que el individuo no piense. Ve el "peligro de "discurrir" que sobresaltaba a Don Fernando VII y lo denuncia al encono público, lo radia de su simpatía con una proclama. ¿Qué duración tuvieron los reyes y los déspotas que dijeron al espíritu: tú eres mi enemigo? Su reinado se recuerda más por su fugacidad que por su daño. Define al que gobierna abandonado a su voluntad y cohibe la voluntad de los demás, la convicción de que en su mando se inicia la historia, la certeza de que sus decisiones son un nuevo ordenamiento del caos. E ignora la vejez de la humanidad.

III

IMPEDIR la "peligrosa novedad de discurrir" fué la tler. Efectivamente, discurrir es peligroso. Es contra cartilla política de numerosos predecesores del Sr. Hitler a las reglas de obediencia. En los regímenes en que se gobierna la nación por asentimiento de las masas, y ese asentimiento se expresa con resortes permanentes, se discurre sin vulnerar lo vital de las instituciones, porque éstas viven de lo que se discurre. Donde obedecer es condición de la civilidad,

pensar equivale a sublevarse y no a cooperar. ¿Para qué obedecer? Para afirmar con la obra indiscutida la magnitud del dominio. Con esto no se amenguará el hambre del hambriento ni se atenuará el problema perturbador. Mas, se logra el silencio y se llena el silencio con el tumulto de la única voz que se permite oír; se quiere de este modo fundar el imperio de la fuerza, con el atleta, con el servidor de cabeza inclinada, con el guerrero, y hacer así una colectividad disciplinada en la mansedumbre sin variedad espiritual. ¿No traza el canciller con su discurso de Stuttgart el esquema de una Esparta renovada? Evoquemos escolarmente el auge meteórico de Esparta. Se ejerció en la dura virtud de sometimiento a los cánones. La ética espartana eludió como a un maleficio al "débil filósofo", al discursador. Realizó su ideal transformándose en un inmenso estadio de gimnastas y en un inmenso cuartel de soldados.

Desterró con implacable severidad el ocio intelectual, el enfermizo devaneo del pensamiento. Su juventud no paseaba en las proximidades del jardín académico para oír la disertación de los sofistas y para adiestrarse en la elegancia del raciocinio. El culto del biceps y la veneración del escudo bélico dieron a ese pueblo la rigidez mecánica de un ejército en perpetua maniobra. Su existencia para lograr el dominio impresionó al lector de sus guerras, de sus victorias, de su cruento sacrificio, como un espectáculo de penitencia. ¿Qué se hizo de Esparta? Ese estadio, ese cuartel se hundió sin huella en la memoria humana, porque no se dedicó a la trascendente frivolidad, a la creadora debilidad de pensar, de alternar la física con la metafísica, de quitarse la coraza de acero para departir en el Banquete de Platón. Esparta, que anuló el espíritu, estremece por un instante, mientras la Atenas de los sabios, del "peligro de discursar", sigue deslumbrándonos y sigue siendo la preceptora del mundo. Y la lección consiste en la prueba de que sólo el dominio fundado en el espíritu, sobre el cimiento del alma divagadora, perdura más allá del parpadeo en que se sitúa su fundador.

IV.

ESAS ideas del Sr. Hitler importan un regreso a la historia de las tribus germánicas y no una depuración de los principios directivos de Alemania como pueblo. Nada es más divergente de la línea histórica de ese pueblo que la política del sojuzgamiento espiritual y nada es menos asequible a la posibilidad llevarla a cabo. El intento de conseguirlo nunca podrá ser más que un episodio. Ese pueblo aceptará la sumisión y seguirá a su jefe: danzará en torno a las hogueras en que se queman los libros "non cumplideros de leer"; tolerará la expatriación de Einstein, de Tomás Mann, de Stefan Zweig, que encierran el explosivo mental. Y un día percibirá que el Tercer Reich es una porción geográfica y una cohesión económica y militar y no una masa ardiente en el universo, un "pondus" vivo, un ser fecundador. Y al advertirlo, volverá a lo que se esforzó en conquistar en la centuria anterior con el fin de ser uni-

dad y no peso en la vida consciente. Volverá a preferir la canción al grito, la filosofía al al reglamento. Se persuadirá de que el culto de la fuerza es el camino de la fragilidad, es el dominio basado en columnas que se quiebran a medida que se levantan. Una balada genuinamente germánica, del ciclo de Witekind, refiere la gesta de una multitud enfurecida que decidió expulsar de la ciudad al nuevo Dios que abría sus brazos en lo alto de la montaña. Derribaron su imagen, destruyeron su casa. Y al regresar los vencedores blandiendo el martillo de Thor, encontraron en el pórtico a Jesús, triunfante como en la cima del monte que decía a la absorta falange: Heme aquí. Es inútil por lo tanto la pira en que arde el libro, en que se cree carbonizar la levadura maravillosa. Por encima de la llama, resurge, se eleva y libra al que alucina en el absurdo combate, en la oscura temeridad de extinguir lo inextinguible.

EL DESFILE

Por HEINZ LIEPMANN

Hasta este momento, el padre no había recibido la orden de presentarse al servicio militar, y aún cuando debía saber que no lo llamarían a las armas, se mostraba en aquel tiempo nerviosísimo.

Cuando caminaba el pasillo y el cartero hacía deslizarse alguna carta por debajo de la puerta, se quedaba parado con la espalda contra la puerta. Tenía la impresión de que algo o alguien le tocaba y no se atrevía a darse vuelta. Sólo cuando oía arrastrar el perro, que lo llamaba su hijito, que se cerraba alguna puerta en la casa, estridentaba un timbre o se interrumpía una risa, se sentía capaz de moverse.

Dispuesto a todo, giraba la cabeza sobre el hombro y encontraba... una carta cualquiera.

Sus manos estaban mojadas, tenía que sentarse, estaba completamente agotado cada vez que se repetía la misma situación.

Para Martín, esas primeras semanas de la guerra resultaron tumultuosas y magníficas. Sólo más tarde, cuando las recordaba, meses tras meses, dejáronle la sensación de escalofrío propia de las cosas lejanas y antipáticas. Su padre trató una vez de hablarle sobre la guerra, pero Martín estaba caldeado y despreocupado. Tenía catorce años y la guerra no era para él más que una espeluznante novela de pieles rojas, formidablemente excitante. Con intervalos de días lo llamaban, junto con sus camaradas, al aula mayor del colegio.

El director, un anciano huesudo, miope, que tosía continuamente, vociferaba unas palabras; luego cantaban un himno y finalmente seguía medio día de asueto.

De esa forma se celebraban las victorias,

Bajo el título de "Cuentistas de la Alemania Libre" Alfred Cahn acaba de traducir al castellano, magníficamente ilustrados, una cuidada selección de breves relatos de los más grandes escritores alemanes contemporáneos, víctimas todos ellos de la persecución nazi.

Junto a los nombres familiares de S. Zweig, Thomas Mann, A. Latzko, O. M. Graf, Heinrich Mann, figuran otros menos conocidos, pero no por ello de menor envergadura.

Heinz Liepmann, el más joven de los autores incluidos en la recopilación, vive actualmente en Londres a donde llegó después de huir para salvar su vida, de un campo de concentración Hitlerista.

Liepmann, que al decir de su biógrafo, no puede establecer comparaciones entre los buenos tiempos de la pre-guerra y el caos económico y social de la actualidad, porque está libre del pesado fardo del recuerdo en el que siempre hay mucho de preconcepción asimilado, escribe en la actualidad "El romance del veneno y las bombas" que aparecerá simultáneamente en inglés, francés, castellano y alemán.

cuarenta mil prisioneros, doce mil muertos.

—¡Doce mil muertos!

— gritaba el niño haciendo irrupción, jubiloso e inocente, en su hogar — ¡Asueto!

El perro, Brujo, un animalito de color marrón, con blandas orejas y mirada confidente, lo saludaba alegremente. La madre sonreía pálida; el padre salía de la habitación.

Pasó un año. La gente se había acostumbrado a la guerra, la sentía como una nube pesada, como si lloviera incesantemente, sin compasión. Pero en realidad, los veranos eran calurosos, secos y los inviernos, fríos, oscuros, y muchos de los voluntarios que habían salido jubilosos, regresaban tranquilos. Sucedió entonces, en el verano de 1916, que llegó la orden de presentación: el padre mismo la recibió de manos del mensajero, le dio una propina, cosa que jamás había hecho. El mensajero le dio las gracias, pero no bajó la escalera.

—¿Por qué no se va usted? — le preguntó el padre.

El mensajero sonrió, desconcertado, y de pronto volvió a sacar la moneda del bolsillo y, tendiéndosela al padre, le dijo:

—Preferiría no tomarla.

—¡Téngala, téngala! — murmuró el padre.

—No, por favor, no — insistió el mensajero, miedoso. Y de repente agregó:

—Yo no tengo la culpa, señor.

El padre lo miró de hito en hito y tomó la moneda.

Cerró la puerta y atravesó despacio el pasillo. Cuando puso la mano sobre la manija de la puerta del comedor, la miró largamente. Estaba gastada de sus propias manos, de las de

su mujer y del muchacho.

Se recostó contra la pared del pasillo obscuro y creyó que tendría que morir del dolor.

A la noche, después de cenar, lo dijo.

Tenía cuarenta y tantos años, el entusiasmo había pasado en todas partes; nadie quería seguir, pero era necesario hacerlo. A la mañana del día subsiguiente se presentó.

Por lo pronto, fué instruído, y generalmente volvía muy tarde a su casa. Una vez regresó a medio día, ocasionando a la madre un gran sobresalto. Ella estaba en la cocina y planchaba, cuando de repente, entró. En el primer momento de aturdimiento creyó que ya estaba muerto y que se presentaba su ánima. El se rió de ella y la apretó quedamente contra su cuerpo. Su risa tenía el tono mitad burlón y mitad tierno de antes. La madre se sintió apaciblemente cobijada.

Entonces él le dió la noticia:

—Mañana habrá desfile.

Pero ella no escuchó, lo abrazó fuertemente, se separó y otra vez lo tomó de sus manos, escondió la cabeza debajo de sus brazos y susurró, como todos los días:

—¿Ya sabes cuándo?

—¡Oh, aun falta muchísimo, querida!

—¿De veras? ¿Me dices la pura verdad?

—Sí, sí. ¿No ves que todavía no estamos completamente instruídos?

Al día siguiente, la mujer y el hijo fueron a presenciar el desfile. Llevaron al perrito. El desfile tuvo lugar en una plaza amplia, en la que se había aglomerado un gentío enorme, infinidad de mujeres y de niños. Los soldados, con los fusiles a los pies, estaban uno junto al otro en un rincón opuesto de la plaza, apretados, como si tuviesen frío. A la distancia parecían chiquitos, soldaditos de plomo, inmóviles y mudos. En medio de la plaza se hallaba el general a caballo, a su lado, un grupo de quince señores, que se mantenían firmes; eran oficiales.

Martín y su madre estaban en la primera fila porque habían llegado temprano. Detrás de ellos se agolpaba la gente. Sus corazones latían fuertemente. Delante suyo estaban agentes de policía, de anchas espaldas, que a veces opovaban sus vientres contra los espectadores, exclamando: ¡Atrás!

De pronto se oye un grito y al instante se nota que se mueven los lejanos soldaditos de

plomo como gimnastas, adelantándose en filas, pasando frente a los señores apostados en medio de la plaza. Ya alcanzan la primera esquina del cuadrado, doblan hacia la izquierda y pasan a lo largo de la acera en que se hallan Martín, su madre y Brujo. El perro tiembla y se restrega, caluroso y tímido, contra las piernas del muchacho.

—¿Dónde está papá? — pregunta Martín en voz baja, emocionado, y al mismo tiempo que llegan los primeros soldados aprieta fuertemente la mano de la madre. Ya pasó la banda. Cientos, miles de hombres desfilan delante de ellos. Buscan con la vista ávidamente, al punto de que llegan a sudar por temor de que pudieran no encontrar al hombre que tratan de reconocer entre las incontadas filas de hombres grises e iguales. Desde su posición en la primera fila, Martín ve perfectamente, pero no alcanza a distinguir todos los rostros que pasan tan rápidamente delante suyo y se siente desoladoramente desamparado. Quisiera gritar: "¡Alto!" para poder distinguir esas caras, pero una fila sigue incansablemente a la otra — clap, clap, una fila, y ya sigue otra — y todas son iguales: piernas, cuerpos, yelmos. Es algo terrible. Parece como si siempre volviesen los mismos hombres. Martín piensa: esos son maestros, almaceneros, fogoneros, alegres mozos de café. Y mientras mira a todos esos rostros que se deslizan, se pregunta: ¿Por qué marchan así? Y de pronto se acuerda de lo que irán a hacer esos hombres. Repentinamente ve en todos ellos — cosa que nunca le había sucedido — como iluminados por un relámpago, la chispa del asesino. Se siente presa del miedo, temor y desamparo. Esto es un desierto, piensa.

Los espectadores callan, ya sea por admiración o por temor o por la extraña impresión que les causan sus padres y esposos que les han quitado. Esos hombres, cuyos cuerpos conocen, son ahora maniquíes del Estado. ¡Epa, cómo alzan las piernas!

De repente, en medio de ese silencio desagradable, Brujo empieza a gruñir. Aun no había perdido totalmente su miedo. Aun el muchacho siente su cuerpo cálido apretado contra sus piernas; pero antes de que lograra calmarlo, el perro se mete entre las filas

Los Altos Mitos

Emilio Oribe, valor de lo más alto y profundo de la poesía contemporánea nos ha brindado su poema "Los Altos Mitos", obra casi inédita, ya que de ella se ha hecho una reducidísima edición repartida entre sus amigos.

Hoy va la primera parte, satisfaciendo desde ya la expectativa de nuestros lectores con la promesa de publicarlo íntegramente en números sucesivos.

A manera de exégesis estas hermosas palabras de Luis A. Gulla.

"LOS Altos Mitos", poema publicado en edición limitada, sigue la doctrina estética que el autor había emprendido prácticamente en "Avión de Sueños" y teóricamente en "Poética y Plástica".

El poeta, como dotado de una superconciencia, vierte en su poesía un caudal del más puro intelectualismo, sin que por eso pierda linaje artístico, como se ha pretendido torpemente más de una vez, el contenido esencial de su sensibilidad poética. Este poema, que parece emanar del espiritualismo de Berkeley, o que por lo menos soslaya experiencias casi semejantes, escapa a la percepción normal de los neófitos de la poesía. Por altísimos planos que el lector debe necesariamente recorrer, como de una fuente mental fluye la linfa clara de una pura poesía.

Lecturas prolongadas y creadoras, a golpe de martillo, dejan entrever el canto pristino y la herméutica emoción sublimada. No obstante, para el devoto que ha seguido paso a paso su obra, comprendiendo y hasta adivinando sus experiencias, "Los Altos Mitos" no ofrecen mayor dificultad en su comprensión. El diálogo sublime de las sombras se revela en una patética exaltación metafísica, iniciada en "La Transfiguración del Cuerpo", desbrozada aquí y que culmina en un canto magnífico, de los más grandes de nuestra lengua.

Una secreta armonía interior anima la arquitectura prodigiosa de "Los Altos Mitos". Bellísimas imágenes parecen caer desde la bóveda celeste como estrellas desanimadas, desprendidas del engarce platónico de la idea nutriz.

Porque, en efecto, este poema define la posición neo-platónica del autor de "Teoría del Nous". Y es otro neo-platónico, Winckelmann, aquel extraordinario esteta, que tanto alabara Goethe, quien nos podría ayudar en la interpretación de este poema, pues para entenderlo se necesita, sin duda alguna, *el fino sentido interno* que el ensayista alemán exigía para comprender la obra artística. Sin ese sentido, que Bergson calificara de otra manera, tal vez con más propiedad, la belleza del poema de Oribe permanecerá irrevelada. Pasará por sobre lo alto, como música de ángeles.

En redor de este poema, se tejerán, de nuevo, las discusiones nunca terminadas, de lo que es o que se entiende por poesía. Porque ha bastado en todas las épocas que un creador colocara el gallardete flamífero de su psique en lugares no hollados por el concepto tradicional de la poesía, para que se discutiera y se negara la calidad lírica de la obra de arte que en tal destino se aventurase. Con excepción de los más jóvenes, cuyo ánimo es más entusiasta y decidido, nadie quiere marchar detrás del creador que impone normas y rutas. Y es natural que así sea, porque cada artista debe seguir su camino. ¿Pero debe negarse la calidad lírica de una poesía que se escapa como una salamandra del concepto con que se le quiere aprisionar, para andar libre como el fuego del alma que es?

¿Pero qué es, en definitiva, la poesía para ellos? ¿La expresión animada de ritmo, sentimiento e idea? ¿Imágenes o alegorías vistiendo estados de

conciencia? ¿O vaga expresión amorfa y blanda de turbios estados emotivos?

Cualquiera cosa, más la nueva estética ha liberado definitivamente el concepto de la poesía, y debe entenderse ésta como la revelación expresiva del espíritu, prevista de imágenes y ritmos.

Puede discutirse la intensidad de la expresión poética, clara en los temperamentos volcánicos como Delmira Agustini, y difícil de captar en los espíritus de "goticismo invertido", como Oribe. Pero lo claro y flagrante es que "Los Altos Mitos" es poesía, y de la más linajuda prosapia.

Revelación purísima de un espíritu que investiga, a plena conciencia, las esencias mismas del ser. Drama metafísico entre fantasmas vivos y representables. Desdicha de hombre atormentado por la inexorable razón que ve donde para los demás no existe más que tinieblas, o peor todavía: mentirosas imágenes tradicionales, bellos fantasmas que los astrólatras no podremos nunca olvidar.

Es grande aquella observación de Carlyle, de que el poeta ve en el misterio. Y yo agregaría: el que ve más, es el mayor poeta.

Me imagino el estupor que habrá causado en su tiempo "La Divina Comedia", que es una maravilla de visión, tan grande y lúcida que parece penetrar en las mismas moradas de las madres.

Lamentable confusión la de sus contemporáneos, que no podían comprender seguramente cómo aquel extraordinario espíritu iba de revelación en revelación, manifestándose en su magnífica plenitud ante el asombro de la posteridad!

Así es el destino de todos los innovadores: crear con dolor ante la burda incompreensión de los vivos, para las generaciones futuras, crear el mármol!

Por la trascendencia filosófica este poema está situado en la cúspide del pensamiento actual de Occidente. El materialismo se deshace en la mente de los pensadores y todas las miradas se dirigen hacia el levante con ansias de beber en los manantiales del más acendrado espíritu. Los astrofonómetros se caen de las manos de los hombres de ciencia, cansados de pugnar entre fantasmas. Se afirma en todos lados la existencia única del hombre con una base innoble: el espíritu.

De allí, de esa inquietud tan vívida en Oribe, que nunca se ha quedado rezagado en la marcha del pensamiento universal, de ese drama de la conciencia insatisfecha y desconsolada, de la hecatombe del materialismo, surge su hermosa y poética teoría de la ley estética del mundo, que a manera de brújula marca derrotero en todo el poema. ¿Puede pedirse una afirmación más categórica del poeta y de la poesía, si la belleza que vive sólo en la conciencia humana impone normas y leyes al mundo representado?

"Los Altos Mitos" reafirman y apuntalan la calidad lírica y sustantiva del hombre frente al cosmos.

¿No abre esto nuevos campos a su poesía, que es la revelación animada de ritmo de su espíritu emancipado de innúmeros conceptos limitadores?

LOS ALTOS MITOS

*Ay, levantad los ojos! — Fray Luis
de León.*

*Le silence éternel de ces espaces in-
finis m'effraye!. — Pascal.*

I

HE aquí que en la noche
el Yo, diamante lúcido,
desdoblóse en 'dos sombras.
—A través de mi carne dialogaron.

—Miro el cielo nocturno
colmado de altos mitos
que fingen astros, llamas, movimientos.
Aquí, lejos de ellos,
nosotros existimos,
más no allá las estrellas aunque brillen.

Esas que el ojo afirma que son ellas,
en realidad, son en el ser fantasmas.

— La ley del universo
a más de ser moral y física, es estética!
La perfección del mundo
en sí proclama trinidad eterna
y el triángulo unitario es la Belleza.
El acto y la materia perduran si son bellos;
de lo contrario, mueren!
El cielo, ardiendo en mundos,
es bello!

¡Es bello!
¡Lo más bello que alcanzan nuestros límites!
¡Por tanto, existe!

—Ay, Poeta!
¡Ese cielo es apariencia!
¡Cada astro es la palabra de una idea!
Tú lo has dicho:
la ley del Universo

LOS ALTOS MITOS

es una ley estética.
¡Su orden matemático es del alma!
Del alma
 las imágenes,
huyen al cielo, y viven
como formas y mitos, en los astros!
Las naves estelares
 no son cuerpos!
Las esferas
 no cantan!
Giran
 en nuestra íntima conciencia
y tan solo allí viven.
 Y en las noches son llamas
que el espíritu lúcido objetiva
en la uránica sombra!

—El griego creyó en ellas
tanto como en sus dioses!
—Mas ¿dónde están sus dioses?

El astro,
 ente de luz, frente de espuma,
mito de la belleza,
 segregado es del alma!

II

—¿No constato aquel ser en todo instante?
¿Su gloria de dorados arquetipos?
¿Su eficacia invariable?
 ¿Sus bien medidas órbitas?
¿No veo arder sus formas?
 ¿No escucho en mí sus himnos?

—Las naves estelares no son cuerpos!
 ¡Las esferas no cantan!
 ¿Y su eterna, periódica armonía?

LOS ALTOS MITOS

Las diarias procesiones?
¡Y el bestiario obediente del zodíaco,
que se obstina en beber su agua nocturna,
y nunca falta?

—Todo eso es resultante
de armonías y leyes de la carne.
Y herencias son,
de tiempos!
A través del telar de los sentidos
todo lo ordena nuestro sabio espíritu.
Y existe el hombre
Y el universo en él!
Sí. Y existes, tú!,
frente a cielos nocturnos en potencia.
Y al trasluz de tu idea existe el cosmos!

—Entonces,
cuando en la inmensa noche,
el cielo velos diáfanos
despliega, copia el ala de la psique!
— Verdad. Y el pensamiento
y su hijo azul el astro,
cumplen sin vacilar su ley profunda,
inaccesibles al dolor y al odio!

—De un polo al otro
sólo vense universos
fugados de los ojos.
La mente
impone normas en el cáos,
crea donde no hay nada,
y al ser feliz, grabando estrellas puras
transvasa lo pasado en lo presente!

—Vive el cielo sus mitos!
Su existencia es memoria!
Cuánto asombro!

EMILIO ORIBE.

¿Existe Un Concepto Del Mundo Judío?

Por **ALBERT EINSTEIN**

No existe, a mi juicio, un concepto del mundo judío en el sentido filosófico. Considero al judaísmo como una posición moral dentro de la vida y frente a ella. El judaísmo es, a mi modo de ver, más bien la sustancia del concepto de vida viviente en el pueblo judío y no tanto la sustancia de las leyes contenidas en la Tora e interpretadas por el Talmud, sobre todo, los testimonios principales del predominio del concepto de vida judía en los tiempos pasados.

El carácter del concepto de vida judía, es, a mi entender, la afirmación de la vida de todo lo creado. La vida del individuo solo tiene sentido cuando está al servicio del embellecimiento y del ennoblecimiento de la vida de todo lo creado. La vida es santa, o sea el máximo valor del que dependen todas las apreciaciones. La santificación de la vida supraindividual trae aparejada la veneración de todo lo espiritual, lo que constituye un rasgo particularmente típico para la tradición judía.

El judaísmo no es una profesión de fe. El Dios judío no es sino la negación de la superstición, el resultado imaginario de la eliminación. Es también un ensayo de fundar la ley de la moral sobre el temor. Es evidente además que se ha equiparado el con-

cepto de "servir a Dios" con el de "servir a lo viviente. Para eso han luchado sin tregua los mejores del pueblo judío, sobre todos los profetas y Jesús.

Bajo tal punto de vista, el judaísmo no es una religión trascendente; sólo tiene relación con la vida real que experimentamos y con nada más. Me parece dudoso, por consiguiente, que se pueda llamarlo una religión en el sentido corriente de la palabra, tanto más cuanto del judío no se exige una "fe", sino la la santificación de la vida en el sentido suprapersonal.

Pero la tradición judía contiene algo más todavía, algo que los salmos revelan de una manera hermosa, y es una especie de alegría embriagadora y admiración de la belleza y grandiosidad del mundo, del que el hombre sólo es capaz de hacerse una pálida imagen. Es en el sentimiento del que de la sabiduría verdadera saca sus fuerzas espirituales, pero que al mismo tiempo parece manifestarse también en el trinar de los pájaros. Aparece aquí la relación con el concepto de Dios como algo infantilmente ingenuo.

Lo que acaba de decirse es característico para el judaísmo? ¿O es que vive en otra parte más, bajo una denominación distinta? En su forma pura, no existe en par-

te alguna, ni siquiera en el judaísmo, por lo menos mientras un culto de letra muerta oscurezca la enseñanza pura. Sin embargo, veo en el judaísmo una de sus realizaciones más puras y más vivientes, sobre todo en cuanto al principio de la santificación de la vida se refiere.

Es bien característico que la ley que ordena la santificación del sábado incluye también, expresamente, a los animales. Tan grande era el sentimiento con respecto a la solidaridad de lo viviente como ideal. Más grandes aún son las exigencias relacionadas con la solidaridad de todos los hombres, y no es casualidad que las demandas y exigencias socialistas, hayan sido promovidas, en su mayor parte, por judíos.

Una de las más claras y hermosas demostraciones de de la intensidad conque el concepto de la santidad de la vida se ha adueñado del pueblo judío en el que vive invariablemente, la hallé, en una corta frase que me dirigió Walter Rathenau en el transcurso de una conversación. Dijo:

—Cuando un judío afirma que va de caza por mera diversión, ese judío miente.

No se puede expresar más sencillamente la conciencia de la santidad de la vida tal cual existe en el pueblo judío.

LA CORONA DE ROSAS

Por Peretz Hirschbein

La primavera ha pasado, huyó el verano y el otoño llegó volando con sus grandes alas grises — y ella quedó sola a orillas del mar.

Soñó que aquel, a quien tanto esperaba, llegaría aún:

...Con el mar, de allá do el sol se eleva, o acaso del Occidente, poblado de fecundos viñedos y campos de rosas — él vendrá...

De noche, en su lecho solitario, entreabiertos los ojos soñadores, creyó ver, de pie, ante las ventanas de las desocupadas habitaciones que dan al mar, pálidos, blancos espíritus del mar que murmuraban en medio del silencio;

"Levántate, no duermas más... sal al mar... En una barca de pescador llegó él. Lo mecen las olas. — No quiero descender a la playa hasta tanto no salgas a su encuentro... Sal a la mar... sal a la mar..."

Mañana, resolvió ella en su interior, pasaría la noche a orillas del mar.

Durante todo el día permaneció en su casa; se puso el más hermoso de sus vestidos y aderezóse ante el espejo. Ya muy entrada la noche, corrió en busca de un jardinero para que le hiciera una corona de rosas blancas.

Preguntada por el jardinero para quién necesitaba la corona, una rosa débil coloreó su pálido rostro, e infantilmente ruborizada contestó muy quedo:

—Quiero con la corona recibir a mi prometido...

Y cuando el jardinero le observó si quería tejer su corona con rosas encarnadas, pues que las blancas estaban pedidas para la corona de una joven novia que murió y cuyo entierro se efectuaría el día siguiente, calló un momento, palideció de nuevo y dijo bajando la voz:

—También yo necesito mi corona para una novia que ha muerto y que hoy se la enterrará...

Con una vela se encaminó al jardín el jardinero y volvió con un cesto lleno de blancas rosas y cuando terminó de tejer la corona, observó como para sí:

—Es verdad, coronas semejantes para los que habitan las ciudades... para muertos y vivos... y sin embargo quisiera saber para quién la necesita ella.

Mas ella nada contestó. Cogiendo la corona

de manos del jardinero encendióse su rostro, y partió.

Temerosa de retrasarse dirigióse presurosa hacia el mar enuelto en tinieblas; descubrió el único árbol que se elevaba solitario en la playa, se recostó contra él y con la mayor atención escrutó todo cuanto había en torno suyo...

Era una de aquellas noches de otoño en que el cielo, la luna y las estrellas se alejan de nuestro mundo y comienzan a vivir sólo para sí. Plúmbicas nubes separaron el cielo del mar y volcaron sobre él una sombra negra. Ofendióse el mar, sintió la injusticia y no pudo calmarse. Bramó con mil rugidos estruendosos y empujó sus olas sin piedad para que corrieran a la costa y contaran la injusticia que el cielo con sus estrellas le hicieron.

La noche descendió más sobre él acariciándolo con sus alas, pero él se enfurecía cada vez más, se desgarró su pecho en mil jirones, y de sus heridas rodaron columnas de espuma espaciándose sobre la superficie del agua.

Largo rato permaneció bajo el árbol, defendiendo su corona del viento que la arrebatában de sus manos, hasta que el cansancio se apoderó de ella. El rugido del mar la emborrachó por completo; adormeciéndose ligeramente y soñó.

...Comienza la Primavera. Jardines por doquier. Todo en derredor está cubierto de blancos nevados pimpollos y por cima de todo el sol derrama rayos de luz. El aire está impregnado de perfume de flores; y ella misma se siente tan suave, tan ligera como si de ambos lados le brotasen alas; y flotando arranca ramas de cerezos en flor cubiertas de blancos pimpollos entre los que brotan aún botones verdes, las clava en sus trenzas que enzuellan su cabeza, las suspende de su blanco vestido y así aparece ante el mar...

Y el mar está tranquilo, silencioso; se extiende hasta donde puede abarcar la vista, azul-celeste ligeramente grisáceo, y sobre su espejo resbalan los rayos del sol, se quiebran y palidecen. Blancas gaviotas se deslizan sobre la superficie del agua, alzan de pronto su vuelo y vuelven a caer al agua abandonándose otra vez al nado...

Y las gentes que se pasean en la playa también se muestran alegres con la primavera; los rostros sonríen satisfechos los unos a los otros,

¡y tan ligeros, tan suaves se sienten todos!...

De pronto se desliza una nube y cubre el sol... El mar se torna azul oscuro y las gentes se acobardan;

Uno a uno, silenciosamente, abandonan la playa, desaparecen como si temiesen quedar por más tiempo allí y tornan presurosos a encerrarse en sus casas...

Aparecen en el cielo las estrellitas que centellean un rato, empiezan a temblar de repente, se desprenden del cielo y caen al mar; es una lluvia de estrellas que se vuelca en el mar. Y ella, sola ella permanece como encadenada a la playa y mira fijamente al levante como si esperase a alguien. Temerosa de que algo escape a su mirada, no desvía los ojos de allí ni un solo momento.

De improviso se abrió ante sus ojos una pequeña puerta; en el extremo horizonte abrióse. Y surge de allí un ángel blanco, con grandes alas blancas y ambarinos rizos, y sus ojos son dos carbunclos encendidos. En su diestra lleva una antorcha encendida, y en la siniestra, sobre el dedo cordial, descansa una blanca paloma con grandes áureos ojos claros.

Y el ángel se desliza casi volando sobre el espejo del agua acercándose a ella... Y sus negros ojos relucientes penetran derechamente en su corazón; brillan mudos y callan...

Le entrega el ángel la antorcha encendida que ella coge sin querer. Sin querer le tiende ella un dedo de su otra mano sobre el que deposita el ángel la paloma, y de espaldas vuélvese lentamen-

te al lugar de donde salió, haciéndole señas con un dedo que le siguiera. Y ella le sigue;

Se interna en el mar... La superficie del agua parece estar cubierta de un tupido raso azul. Y ella pisa tan segura, tan ligera, acercándose cada vez más al extremo horizonte; llegados a la puertecilla penetra el ángel, cierra nuevamente la puertecilla y ella queda sola en medio del mar...

Y el mar empieza a mecerse bajo sus pies. Y el raso azul, sobre el que tan segura caminara antes, se debilita y empieza a temblar bajo sus pies. Y la blanca llama de la antorcha que tiene en su mano, tórnase obscura, más obscura, hasta adquirir un tono verde y los ojos de la paloma adquieren también un resplandor verde que se convierte de repente en una serpiente verde...

Y la serpiente se estira perezosamente, enróscase en su cuello, se arrastra a su seno, la envuelve fuertemente, y la oprime fuerte, más fuerte...

Todo está envuelto en tinieblas. El mar bajo sus pies empieza a bramar... Ruge ya... Olas inmensas elevanse por todas partes y ruedan hacia ella... Ante sus ojos se abre un negro, espantoso abismo... Dos negras manos poderosas, tiéndense hacia ella, la estrechan rudamente y la arrastran al tenebroso abismo...

.....
.....
A la mañana siguiente, al surgir el sol de otoño, hallaron los pescadores una ahogada vestida de blanco y a su lado flotaba una corona de rosas blancas con la que jugaban las olas...



Dario Viterbo y Leopoldo Kretz, ESCULTORES

Por A. GOTTLIEB

Se designa con el nombre de Escuela de París al grupo de artistas franceses y extranjeros radicados en París, cuya influencia decisiva sobre la escultura y la pintura ha resplandecido, durante los años de la postguerra, en el mundo entero. Ellos no forman ninguna asociación, lo más frecuentemente trabajan, no el uno con el otro, sino el uno contra el otro. No obstante, en el medio ambiente parisién favorable a la eclosión del arte, ambiente que, en el plano espiritual, posee la facultad catalizante de ciertos agentes químicos: hacer nacer reacciones nada más que por su presencia, la particularidades individuales y nacionales, de esos artistas se encuentran mutuamente atraídas, y los múltiples dialectos artísticos se funden en una lengua común, maravillosamente matizada, la única verdadera lengua mundial que haya habido jamás: el arte de la Escuela de París.

En esta Sociedad de Naciones artística, el papel de los judíos no carece de importancia. Venidos de todos los países, se afirman a menudo como particularmente aptos para representar con éxito sus respectivas artes; es que, gracias a la flexibilidad y el don de asimilación que les es propio, logran, mejor que los originarios no judíos de esos países, presentar en el extranjero la atmósfera local de la que ellos mismos están impregnados. Fueron ellos, por lo demás, los primeros en apropiarse el nuevo lenguaje de la Escuela de París y en llevarlo, eternos migradores como son, a través del vasto mundo.

Dispersos desde hace millares de años, formamos ahora tantas partes cuantos pueblos hay, tan extrañas las unas a las otras como lo son entre ellos esos pueblos. Hasta es posible que entre los miembros separados del judaísmo la separación sea aún más marcada que entre las naciones. Porque si el abismo entre los orientales y los europeos, la animosidad que los separa es tal vez más neta, y las relaciones espirituales más raras. Así, todo alemán culto está informado acerca de Benedetto Croce y sobre Unamuno; pero sólo un judío italiano conoce la obra de Ben-Amoz, y sólo un judío alemán sigue a Rosenzweig en sus exploraciones de los legados de Israel. Por paradójal que parezca esta afirmación, no es sino mediante el arte que tomamos conocimiento los unos de los otros, no es sino por el camino del arte que, hermanos perdidos, volvemos a tomar contacto.

La amistad que une a un Modigliani, judío italiano, y un Soutine, judío lituano, dos hombres a quienes el azar puso en presencia en París, a donde habían llegado como peregrinos de la tierra prometida del arte, esa extraordinaria amistad reviste el sentido de un símbolo y de una promesa. Jamás ha habido hombres pertenecientes a mundos más extraños: uno, descendiente de una familia vieja, mediterráneo supercultivado; el otro, plebeyo, oriundo de una miserable ciudad lituana; uno, guardando en la peor miseria aires de príncipe disfrazado; el otro, aún en sus mejores momentos, semejante a una bestia acorralada. Y he aquí que se les encuentra a los dos en un mismo estudio, frío y desnudo, donde fraternalmente sufren el hambre y el frío. ¿Qué poeta sabría representar de una manera más sorprendente de lo que lo hizo aquí la vida, el inmenso alcance de la obra de unificación que ejerce el arte?

El milagro, del acuerdo de los dos mundos, el mundo de la forma armoniosa y el mundo de la expresión misma de la vida, su grito de renunciamento, ese milagro cuya realización será tal vez un día considerado como la razón de ser de la Escuela de París, no se cumple sino por excepción de una manera tan fulminante como en el caso Modigliani - Soutine. De ordinario, el acercamiento de representantes de las diversas culturas exige largos años y una evolución interior lenta y penosa. El ejemplo del florentino y del polaco no hace sino poner mejor en claro los problemas y el camino que separan a los judíos orientales de los judíos mediterráneos.

Como Modigliani a quien, por lo demás, se asemeja, Dario Viterbo pertenece a un medio cultivado. Conoce a Dante de memoria y habla de los artistas del magnífico pasado italiano como de buenos conocidos y de compañeros de ruta. Adolescente, trabajó en una escuela de pintura florentina, de donde salió con una medalla de oro. Pero desde que abordó la obra original, repitió el gesto característico de Modigliani: arrojó por la borda su ciencia académica y se volvió hacia un arte en el que poseía la preciosa libertad de un ignorante. Como Modigliani, ese sabio escultor se había hecho pintor, del mismo modo como Viterbo, de pintor laureado, se hizo escultor. Libertado así del yugo de

la tradición que otros jóvenes italianos combatían en esa época en las filas del futurismo. Viterbo quería aprender su oficio por sí solo.

En tanto que la juventud artística italiana — por lo menos aquella que no quería hacer de pseudo-clásica o, dicho de otro modo, machacadores de fórmulas que habían perdido su sentido — se aplicaba a encontrar una técnica nueva y un arte moderno, Viterbo, por su parte se dió de lleno al secreto del arte eterno. Pese a su esplendor, los monumentos antiguos no corresponden a su visión interior, y su nostalgia busca otra cosa que el arte del Renacimiento. Sólo las obras de Miguel Angel envejecido, demasiado poco estimadas en Italia, le parecen realizar su ideal, sin que de todos modos pueda precisarlo. Porque, lo que distingue de la Antigüedad y del Renacimiento, al viejo Miguel Angel, es el hecho de poner en primer término no el cuerpo sino el espíritu. Si en el arte clásico lo principal era la belleza corporal, y en la obra del primer período de Miguel Angel, el equilibrio de las fuerzas corporal y espiritual, su obra tardía, por el contrario, parece casi inmaterial. El espíritu y el cuerpo no armonizan ya. El cuerpo no es más un envoltorio miserable, del espíritu. Es por eso que Viterbo, el judío, es atraído hacia el viejo maestro, el cual, habiendo comprendido la vanidad del esplendor exterior, expresó, en el ocaso de su existencia, sus supremas visiones con una sobriedad ascética de medios y una simplicidad casi torpe.

Pero este aprendizaje junto a un maestro libremente elegido no estaba exento de peligro. Un estilo senil, aun cuando sea, como la obra de Rembrandt o el cuarteto de Beethoven, el arte humano más profundo, tomado como punto de partida por un joven, puede fácilmente conducirlo a la disolución de la forma. En efecto, el primer período de Viterbo no está exento de ese pecado. Fue, pues, una suerte el que haya venido a París. Sobre el ejemplo del arte oriental, se enteró aquí que una forma severa, hasta un esquema ritualmente fijado aún en sus menores detalles, no solamente pueden conciliarse con una expresión espiritual sostenida, sino también intensificar esa expresión. Viterbo estudia el Egipto y espiritualiza su técnica. Al contorno, a la luz, al juego de sombras, recursos de la escultura clásica, él agrega ahora las proporciones armonizadas y proyecta sobre sus esculturas una luz que, no teniendo origen en el mundo exterior, es completamente irreal, y tal la luz de Rembrandt, sirve para una valorización espiritual. Crea también estudios de cabezas de una forma acabada, de una expresión concentrada, y academias que se imponen no como una especie de naturaleza muerta, como es el caso habitual, sino como seres humanos animados, más preocupados por la gracia que por

la belleza.

No es del deseo de huir a una tradición demasiado opulenta que está animada la juventud de Kretz, sino, todo lo contrario, por la nostalgia de una tradición. Nacido en un medio que ignoraba hasta el nombre del arte, crecido en una ciudad donde, a lo sumo, se conocía la escultura a través de malas reproducciones, Kretz, poseído por el demonio plástico, no pudo varar en la Academia de Cracovia sino después de grandes luchas. Su maestro, uno de los mejores escultores polacos modernos, lo alentó con amor; el ardor fanático en el trabajo del joven y su vigoroso talento le parecieron ser la mejor retribución de una carrera seria. Pero a despecho de todo su reconocimiento, Kretz no descubría en el escultor al maestro soñado. Es que Dunikowski — así se llamaba — pertenecía, por sus tendencias, a la escuela de Rodin; era un impresionista entregado a la expresión de lo momentáneo, de los matices fugaces. Kretz aspiraba, en cambio, a las formas monumentales, y eso con una fuerza tal que se creería reconocer en ella la avidez repentinamente despertada de un pueblo privado de arte desde hace siglos.

También él abandonó enseguida Cracovia por París. Aquí, en los museos y en las galerías, vió aquello de que había soñado. Descubrió su ignorancia de las obras de un pasado maravilloso y se inscribió en la más difamada de las escuelas académicas: la Escuela de Bellas Artes, con la esperanza de aprender en ella el oficio tradicional comenzando por los rudimentos. Después de muchos años de una disciplina rigurosa, se atrevió a abordar una obra libre, original. Actualmente, en lugar de instantáneas a la Rodin, él es capaz de construir imágenes que quieren ser una expresión sintética de la fisonomía espiritual de los modelos, no resúmenes de personajes cepillados con gracia, sino breves características, a la manera de los bustos de los Césares romanos. El cuerpo desnudo, ese tema fundamental del arte clásico, se apoderaba de Kretz cada vez más. Sin embargo, sus academias, si bien llevaban visiblemente el "cachet" de la influencia arcaizante de Maillol, no tienen nada del espíritu antiguo. Parecen tener vergüenza de su desnudez, poseen toda la conmovedora torpeza de todos los jóvenes que súbitamente hubieran descubierto su cuerpo y no supieran servirse de él. El nombre de "Pura Venus", que Viterbo prefiere para sus academias, conviene perfectamente a las estatuas de Kretz. Es que estos dos artistas, por diferentes que sean sus talentos y su ciencia técnica, poseen, en el fondo, a despecho de las apariencias, una voluntad artística idéntica: la penetración de la materia por el espíritu.

El judío latino, heredero de maravillosas riquezas, y el judío oriental, hambriento de esplendor, son hermanos, infaliblemente, a pesar de todo lo que los separa.

El Dinamismo de la antigua Poesía Hebrea

UNA de las cuestiones que más atormenta a los comentaristas de los libros poéticos del Antiguo Testamento es la búsqueda del metro, de la rima, de la forma lírica, es decir, de la disciplina exterior a la cual se habrían sujetado los impulsos inspirados de los profetas y los sabios. En mis cursos en la Sorbona sobre los libros de los Pequeños Profetas, he empleado a menudo la Biblia de Kittel, precioso instrumento de investigación, en el cual encontramos las variantes más características de las versiones y los targums. Mas ¡cuántas veces he puesto a mis alumnos en guardia contra la anotación *in es*, abreviación del latín *metris causa* (a causa del metro), que tiende nada menos que a suprimir tal palabra, tal hemistiquio, únicamente porque la presencia de esta palabra o de este hemistiquio rompe el ritmo de la frase hebrea!

Hace ya largo tiempo que trato de demostrar que el espíritu semita obedece a sus propias leyes y que no se le deben imponer las nuestras. Tanto para las estrofas como para los versos no tenemos el derecho de pedir a los autores de la Biblia que se ajusten a la Poética de Aristóteles. Por una falsa ruta se encaminan aquellos de los exegetas occidentales que, so pretexto de que el verso o la estrofa no obedecen a su concepción de la prosodia hebrea, se permiten amputar de sus elementos esenciales el poema que estudian. Se sabe que la gran regla, la regla de oro, es el paralelismo. En su obra maestra, "De Sacra Poesi Hebraeorum praelectiones" (Oxford 1753), el inglés Lowth ha dado una excelente definición de este fenómeno que se encuentra en las poesías primitivas: "Es decir él en su XIX.ª lección, una cierta igual-

dad y similitud de los miembros de cada periodo, de tal manera que en los dos miembros encontramos habitualmente que las cosas responden a las cosas, las palabras a las palabras, como si hubieran sido medidas y apareadas. Y el sabio exegeta clasifica tres tipos de paralelismo hebraico: el sinonímico, el antitético y el sintético.

Los nombres elegidos bastarán para definir estos tipos, de los cuales cada uno encontrará variados ejemplos en su memoria. Luego son los sinónimos que, por su repetición, hacen el giro del poeta, como en la muy vieja canción de Lamech:

Adá y Jullah, oíd mi voz

Escuchad mis palabras, mujeres de

Lamech.

Pues yo he matado un hombre por mi

herida,

Y un niño por mí

Que si Caín es vengado siete veces,

Lamech lo será setenta y siete veces.

La antítesis reemplazará a la sinonimia en numerosos casos: por ejemplo, al comienzo de la queja de Job, es la noche que se opone al día:

Perezca el día en que yo fui nacido,

Y la noche que dijo: Concebido ha sido

un varón.

En cuanto al paralelismo sintético, aquí ya no se trata más de los semejantes o de los contrarios, sino de las causas y de los efectos. El primer hemistiquio es un elemento activo que impone su deseo al segundo: Es el llamado de la idea, que quedaría en suspenso si no fuera completada por una idea nueva. Este complemento es provocado por la primera proposición o, a veces, por una palabra de ella. No hay ya repetición, sino gradación. El salmo XXVII proporciona bellos ejemplos de este paralelismo, donde el segundo hemistiquio viene en ayuda del primero.

Jehová es mi luz y mi salud,

¿De quién temeré?

Jehová es la fortaleza de mi vida,

¿De quién me espavoreeré?

Por
E . D H O M E

**Aunque se asiente campo sobre mí,
no temerá mi corazón,
Aunque se levante guerra sobre mí,
Yo, en esto confío;**

Se adivina el gran número de combinaciones que este triple juego del paralelismo puede ofrecer al poeta inspirado. Pero la inspiración, en los orientales, no se deja captar fácilmente. La idea, el sentimiento, la pasión, a menudo hacen estallar el molde en el que la tradición quisiera plasmarlos. El famoso Azariah di Rossi, en su "Luminaire des Yeux", publicado en 1574, notaba ya que en la prosodia hebrea era conveniente contar las cosas antes que las sílabas o las palabras. Reconocía, con una modestia admirable, que las leyes que él mismo había extraído de los poemas bíblicos no eran rigurosamente aplicables. Y había convenido en que "lo inexplicable es quizá mucho más que lo explicable".

Es esta la causa por la cual un verso nos parece a veces compuesto de tres hemistiquios. Hay en ello una especie de anomalía, puesto que la palabra hemistiquio significa medio verso. Pero no encontramos palabra más expresiva para designar la pequeña proposición que entra como elemento en el verso. En lugar de encontrar dos hemistiquios que se responden, se tendrá tres, el último generalmente haciendo eco al segundo. Esta comprobación es de capital importancia. Ella nos autoriza a no arrojar los más bellos poemas de la Biblia en un lecho de Procustes del cual no salen sino después de la supresión de todo aquello que rebosa una medida arbitrariamente impuesta. El lamento de Job contiene de esos versos de

tres hemistiquios. Los citaré conforme a la traducción de mi comentario al "Libro de Job", aparecido en 1926. He aquí cómo debe dividirse el texto del capítulo III, versículos 4 a 6.

**Aquel día, fuera tinieblas!
¡Y Dios no curara de él desde arriba!
¡Y que sobre él no resplandeciera la luz!
¡Ensuciáranle tinieblas y sombra de muerte:**

**Sobre él reposará la nube,
Que le hiciera horrible como día calmoso!
¡A aquella noche ocupara oscuridad:
Ni fuera contada entre los días del año,
Ni viniera en el número de los meses!**

El procedimiento es claro. En lugar del paralelismo de dos miembros, es un ritmo ternario el concebido en la mente del poeta. Este ritmo es menos didáctico, se asemeja menos al "mashal", es decir, a la sentencia en dos términos. No nos asombremos, pues, cuando encontremos en los profetas u otros poetas líricos, versos de dimensiones un poco desconcertantes. Es a este dinamismo de la prosodia hebrea al cual debemos retornar siempre que querramos experimentar el encanto de autores inspirados. Y para terminar séame permitido repetir lo que ya una vez escribí, en 1931, en mi obra "La Poésie Biblique": "El genio oriental y el genio occidental son dos formas del espíritu humano que pueden comprenderse y admirarse, sin que sea necesario someter a ambos a iguales reglas. La poesía es una, como la belleza, mas los rostros de la poesía, como los de la belleza, son de una incomparable variedad".

Federico Engels

y el Antisemitismo

EN lo que se refiere a la cuestión de saber si usted hará más mal que bien con el antisemitismo, le ruego que no olvide esto: el antisemitismo es la característica de una cultura atrasada, y es por eso que no se le encuentra sino en Prusia y en Austria o en Rusia. Si se quisiera aquí, en Inglaterra, o en América hacer antisemitismo, se os reirían simplemente en las narices.

En Prusia es la pequeña nobleza, la clase de los junkers, que, con una entrada de diez mil marcos y con gastos de veinte mil, que la obliga a tener asuntos con los usureros, quien hace el antisemitismo: y en Prusia y en Austria, son los pequeños burgueses, los artesanos y los pequeños comerciantes oprimidos por el capitalismo, quienes constituyen el grueso del ejército antisemita. Pero cuando el capital destruye esas clases de la sociedad, clases reaccionarias de arriba abajo, no hace más que su deber, y aun una buena obra, se trate de semitas o de arios, de circunstancias o de bautizados. Empuja adelante a Prusia y Austria atrasados, a fin de que arriben al punto de vista moderno, donde todas las diferencias sociales se funden en el gran antagonismo entre obreros y capitalistas. No es sino allí donde el progreso no ha sido llevado tan lejos, donde no existe todavía una clase capitalista fuerte, donde el capital es aun muy débil para poder apoderarse de toda la producción y para hacer de la Bolsa de los valores el campo principal de su actividad, donde, por consiguiente, la producción se halla todavía en manos de paisanos, terratenientes, artesanos y otras clases análogas procedentes de la Edad Media — no es sino allí donde el capital es principalmente judío, donde hay antisemitismo.

En toda la América del Norte, donde hay millonarios cuya riqueza apenas se deja expresar en nuestros miserables marcos, gulden o francos, no hay entre ellos un solo judío; y a su lado los Rothschild son verdaderos pordioseros. Aun aquí, en Inglaterra, Rothschild es un hombre de fortuna modesta, al lado, por ejemplo, del duque de Westminster. Y entre nosotros en Rehnania, donde, con la ayuda de los franceses, hemos expulsado, hace 95 años, a la nobleza y creado una industria mo-

derna, ¿dónde están los judíos?

El antisemitismo no es, pues, otra cosa que una reacción de las capas sociales medievales, condenados a la ruina, contra la sociedad moderna, que se compone esencialmente de capitalistas y de obreros, y no persigue, por consiguiente, sino objetivos reaccionarios bajo un manto aparentemente socialista. Es una variante del socialismo feudal, con el cual nosotros no podemos tener nada de común. Si él es posible en alguna parte, ello es la prueba de que el capitalismo todavía no está allí bastante fuerte, capital y salario son hoy inseparables. Cuanto más fuerte es el capital, más fuerte es igualmente la clase obrera, y más cerca está, en consecuencia, el fin de la dominación capitalista. Para nosotros, los alemanes, y con ello entiendo también a los vienenses, deseo, pues, un rápido desarrollo del capitalismo.

A esto se agrega el hecho de que el antisemitismo falsifica toda la situación. Ni siquiera conoce a los judíos, contra los cuales aulla. Si no sabría que hay, aquí en Inglaterra, y en América, gracias a los antisemitas de la Europa oriental, y en Turquía, gracias a la Inquisición española, millares y millares de proletarios judíos, y son esos obreros judíos quienes se encuentran entre los más miserables y los más explotados. Hemos tenido aquí, en Inglaterra, en el transcurso de los doce últimos meses, tres huelgas de obreros judíos, ¿y debemos hacer antisemitismo para luchar contra el capital?

Por lo demás, debemos muy mucho a los judíos. Sin hablar de Heine y de Boerne, Marx era un judío de pura sangre. Lassalle era judío. Gran número de nuestros mejores camaradas son judíos. Mi amigo Victor Adler, que expía en este momento en la prisión de Viena su adhesión a la clase obrera. Edward Bernstein, el redactor del "Sozialdemokrat", de Londres, Paúl Singer, uno de los mejores miembros de nuestra fracción parlamentaria, — personas todas de quienes me siento orgulloso de ser amigo — ¡todos son judíos! ¿No fui yo mismo presentado como siendo judío por la "Gartenlaube"? Y, a decir verdad, si yo tuviera que elegir, prefiero un judío a un "Herrvon".

Londres, Abril 19, 1890.

Arios y no Arios

I

Las medidas actuales del gobierno alemán reposan sobre la presunción de que un "ario" posee ciertas cualidades biológicamente determinadas, que son totalmente extrañas a todo "no-ario". Los miembros de toda una raza, se pretende, tienen ciertas características hereditarias ineludibles, que determinan su vida mental y su comportamiento social.

Esas creencias están basadas en una completa incomprensión de lo que constituye una raza y del modo cómo se llega al concepto de un tipo racial. La población de muchas partes del mundo ha permanecido estable durante un largo tiempo y existen ciertos caracteres corporales que se manifiestan con gran frecuencia. En Sicilia, por ejemplo, encontramos, entre otros caracteres, los de pequeña estatura, complexión morena, cabellos oscuro y ojos pardos. Con estas impresiones generales construimos un tipo del verdadero siciliano. Si fuéramos a buscar en toda la población individuos que se ajusten estrictamente a nuestro tipo ideal, encontraríamos que su número es muy reducido, tanto más reducido cuanto más rigurosamente hayamos definido el tipo sobre la base de numerosos caracteres. La razón de ello es que muchos de los rasgos que llaman vivamente la atención del observador por su gran frecuencia, son en realidad bastante variables. Hay sicilianos que son altos, otros que son bajos, unos morenos y otros de piel clara, de ojos castaños, grises o azules, etc., de los cuales no se hace caso en lo que se ha dado en llamar la "raza". En otras palabras, toda "raza", aun la más homogénea que se conozca, consiste en individuos que difieren considerablemente en su forma corporal.

La unidad de raza, fundamento de las medidas del gobierno alemán, no existe. Una raza está compuesta de individuos de diversa estructura física, y la herencia es algo que tiene su importancia en el estudio de las formas de la progenie, pero no hay una cosa tal como herencia racial, aun en grupos relativamente puros con respecto a aquellas características que se manifiestan en muchas formas diferentes en

Un notable artículo del
famoso antropólogo
judío norteamericano.

Por FRANZ BOAS

dichos grupos. Más aun, la similitud de algunos rasgos no prueba una homogeneidad de descendencia, porque hay a menudo otros rasgos fundamentalmente distintos, no tan fácilmente observables, que prueban una diversidad de origen. Así, por ejemplo, las características hereditarias de la sangre de la raza "nórdica" son decididamente diferentes en diferentes regiones, y esto puede muy bien ser más significativo que el hecho de ser rubio. Si queremos hablar de una herencia racial, deberíamos demostrar que **TODOS** los miembros de la raza participan de los mismos rasgos, en oposición a los de otra raza. Esto es irrealizable con las razas de Europa y del Asia occidental. El eminente antropólogo alemán Eugen Fischer fué tan lejos que hasta llegó a afirmar — antes de la revolución hitlerista — que cada individuo es de por sí una unidad racial, bien que haya creído ahora conveniente unir su voz a la del panegirico de la nórdica loa; y E. Kretschmer trató de demostrar, en 1932, que los mejores tipos humanos desarrolláronse a raíz de un cruzamiento de tipos de la raza blanca; empero, su libro ha sido retirado de la circulación por el editor.

Hay aún menos sentido en la pretensión de que las características fisiológicas, mentales o sociales están determinadas biológicamente. Las diferencias de comportamiento entre individuos de la misma raza son tan grandes que toda tentativa de probar la existencia de rasgos raciales constantes no puede ser tomada de otro modo que como una expresión de impresiones subjetivas, carente del más mínimo esfuerzo por demostrar su significado racial.

Debe considerarse como un axioma fundamental que la herencia es tan sólo una cuestión de transmisión de cualidades de padres a hijos, y que en cada raza están contenidas tantas formas diferentes, que los rasgos de aquélla son meramente el conjunto de las numerosas y diversas líneas de descendencia contenidas en la población.

Es una pseudociencia, construída para mantener antiguos prejuicios, a la que el actual gobierno alemán ha recurrido para justificar su pretensión de que una sola gota de sangre no

aria es suficiente para excluir de la comunidad de los germanos aun a aquellos que son más intensamente alemanes de mente y de corazón.

II

ANTE todo, ¿qué es un "ario"? Ario es un término lingüístico. La mayor parte de los idiomas europeos, y un buen número de idiomas asiáticos, tales como el armenio, el persa y el indostán, son llamados arios porque tienen en común ciertos rasgos que indican que existió otrora un lenguaje, hoy día denominado el lenguaje ario, que se extendió gradualmente sobre una gran área, no sin asimilar muchos elementos lingüísticos extraños, y se desenvolvió en todos los diferentes idiomas "arios" hoy día hablados. En este sentido, un ario es todo aquel que habla un lenguaje ario, sea sueco, negro americano o hindú. Al hablar de los arios como de una raza no se hace más que compartir la indemostrable hipótesis de ciertos estudiosos que pretenden que el tipo de hombre que habita el noroeste europeo, comúnmente conocido como el tipo nórdico, habló ario y no otra lengua antes de que dicho idioma se esparciese ampliamente. Cuando se dice ario quiere significarse en ese sentido el rubio europeo del Norte

Ahora bien, nadie puede decirnos si los blondos de la Europea septentrional hablaron realmente el ario. El origen de los lenguajes "primitivos", reconstruídos gracias a formas posteriores del habla, data de mucho tiempo atrás, y, en vista de las constantes migraciones del género humano y de la fluctuación entre periodos de intercambio y de aislamiento, es por demás imposible afirmar qué lenguaje fué hablado por seres humanos que vivieron diez mil años ha o aún antes. Podemos averiguar qué clase de utensilios de piedra, talladuras de hueso o alfarería produjeron, pero no existe nada que pueda indicarnos qué lenguaje utilizaron. Los métodos empleados en la alfarería o en la canastería fueron transmitidos de un pueblo a otro, de tal modo que hasta la identificación de un pueblo gracias a su productos manuales a menudo deja también lugar a dudas.

El punto de vista del actual gobierno alemán consiste en considerar los términos ario y

no-ario como términos biológicos con significación hereditaria. De ahí que podamos descartar la cuestión acerca de qué lengua fué hablada por los antepasados de los germanos y simplemente dejar sentado que el uso de los términos ario y no-ario reposa sobre una ignorancia de su significado.

Para poder juzgar las medidas del gobierno alemán es preciso responder a dos preguntas; una, ¿qué son racialmente los erróneamente llamados "arios" y "no-arios"?; la otra: ¿hasta qué grado el comportamiento de un individuo y de un pueblo depende de rasgos hereditarios?

Toscamente hablando, podemos dividir quizás la población de Europa en tres grupos, situados en estratos que se extienden de Oeste a Este: en el Norte, el europeo alto, rubio y de ojos azules; en el centro, en la región de los Alpes, y al Este y el Oeste de la montaña, el tipo más moreno del alpino; y en el Sur el tipo mediterráneo, de pequeña estatura y de complexión muy oscura, de España, Italia y la Francia meridional. Va de suyo que hay otros tipos locales que no se ajustan a una ardua y apresurada clasificación.

No conocemos la edad de esos tres grupos. Por analogía con el desarrollo de las formas animales podemos presumir que en una edad muy remota grupos de seres humanos quedaron aislados durante un tiempo bastante largo como para desenvolver ciertos tipos mediante la entrecruza, la selección y la influencia de ambiente en el cual vivían. Difícilmente se puede decir cómo ese proceso tuvo lugar. Solamente sabemos que animales estrechamente relacionados, cuando han permanecido largamente aislados por condiciones naturales, exhiben con frecuencia leves diferencias de forma. Así, por ejemplo, en el caso de animales terrestres que viven en diferentes islas podemos hallar características distintivas en cada una de ellas. Estas características no están, empero, necesariamente presentes en todos los individuos.

Además de la ocurrencia de variedades locales, encontramos, en el caso de los seres humanos, que muchas formas raciales son comparables a las de animales domesticados. El color blondo de los ojos, la oscuridad profunda de la piel y el rizo en el negro, son análogos a los mismos rasgos, en animales domesticados. Eugen Fischer y B. Klatt han demostrado en forma concluyente que los colores blondo y azul de los ojos son característicos de animales domesticados y muy raros en animales salvajes. Tenemos caballos, conejos y cerdos blondos. Tenemos perros lanudos negros, con pelo fuertemente ensortijado. Estas formas raramente se presentan entre mamíferos salvajes. Anatómicamente, la rubicundez humana es exactamente paralela a la de los animales domesticados. Su presencia en toda clase de animales domesticados prueba que puede haberse desenvuelto independientemente

en diferentes razas, como en las regiones del Este y del Oeste europeos.

Ahora bien, la domesticación de animales está basada esencialmente en un cambio de dieta y en la protección contra el clima y los enemigos. En el tipo más primitivo de domesticación, la cría artificial de ciertos caracteres desempeñó un papel insignificante. Sabemos que hasta en el período glacial, quizás cincuenta mil años atrás, el hombre preparó su alimento mediante el uso del fuego, y supo cómo protegerse con armas. Podríamos decir, por consiguiente, que el hombre es el más antiguo animal domesticado, autodomesticado por medio del uso del fuego y de las armas.

III

EL aislamiento completo, esencialmente necesario para el desarrollo de tipos fijos, no duró hasta tiempos recientes; en verdad, apenas si duró hasta fines del período glacial.

Todo lo que se conoce de la historia de la humanidad denota una constante migración. Durante el período glacial, los severos cambios climáticos obligaron al hombre a abandonar las regiones heladas. La disecación del Asia Central empujóle hacia distritos disjuntos, en Europa y el Asia meridional. Del Asia, el hombre se trasladó a América y ocupó el Nuevo Mundo del extremo Norte al extremo Sur, pasando de la zona ártica a la templada, a los trópicos, y yendo tan lejos que hasta alcanzó el inhospitalario cabo meridional de la América del Sur. Los negros de la región superior del Nilo cubrieron la mayor parte de Sud Africa. Probablemente mucho más tarde los malayos atravesaron en toda su amplitud los océanos Indico y Pacífico, llegando hasta Madagascar.

Hasta la distribución de las lenguas modernas indica la inestabilidad del hombre, puesto que la diseminación de las lenguas requiere un contacto personal entre los pueblos. En América, el nativo de Nueva México habla un idioma estrechamente emparentado con el de Alaska. El lenguaje de los caribes es hablado en el Sur del Brasil y en las Indias Occidentales. Rusia cobija hoy día a muchas tribus que hablan idiomas finicos, lo que indica una reciente expansión de los rusos hacia el Este. En los tiempos medioevales el árabe llegó a ser el lenguaje dominante de Africa septentrional. Todas esas migraciones originaron una mezcla de tribus. La historia de España ofrece un buen ejemplo de ello. En época remota la península fué habitada por los iberos. Luego los fenicios fundaron sus colonias en la costa. Más tarde los celtas de la Galia arribaron en número elevado, mezclándose con los colonizadores romanos, los cuales romanizaron todo el país. Vino luego la migración de los godos los cuales dominaron la península por un largo tiempo. Durante el gran período mahometano, los moros conquistaron una buena parte de España, estableciéndose en ella y

(Concluye en la pág. 40)

MOISES

I — LA ESTATUA

*...Y dijo al mármol: ¡Vive! De las entrañas duras
surge el Profeta irguiendo su centenario busto
con las pupilas hondas, inmóviles y oscuras
cavadas en el hielo de su semblante augusto.*

*Las sienes, calcinadas del rayo en las alturas,
la planta, vencedora del arenal adusto,
y de su añosa barba las vívidas alburas
la majestad le dieron de un Hércules vetusto.*

*Ceñido al rudo torso de piel sedeña, un manto
veló, de niveos pliegues, su gigantéz, de roble;
con musculosos dedos asió la ley del Santo*

*sobre ancha piedra escrita; y en ademán sereno,
alzada al infinito quedó la faz innoble,
como escuchando el sordo repercutir de un irueno...*

II — EL SIMBOLO

*¡Salve, pujante macho! Vigor de primavera
erige en altas curvas tu carne floreciente,
y porque al mundo asombre tu ancianidad de fiera
a Pan de Arcadia robas el nimbo de tu frente.*

*Tú cifras, como el hombre que vió la luz primera,
la sangre de los brutos y la divina mente;
en tí palpita el Iáveh de la estrellada esfera
y en tí destella el Fauno de la pagana gente.*

*Eres Fuerza, eres Alma, eres Valor tranquilo;
en tí se humana el Kosmos; tus brazos de gigante
saciaron de aguas vivas los áridos desiertos.*

*¡Cómo olvidarte, oh viejo libertador del Nilo,
si el tiempo nos mediste con eternal cuadrante,
si desgarró tu mano la noche de los muertos!*

G U I L L E R M O

V A L E N C I A

CORRES-
PONDENCIA
ENTRE
EINSTEIN
Y FREUD

¿Es Posible su

Einstein plantea el problema

Mi estimado señor y amigo:

ME felicito de que la Sociedad de las Naciones y su Instituto internacional de cooperación intelectual de París, al invitarme a cambiar ideas con una persona elegida por mí sobre un tema indicado a mi arbitrio, me hayan brindado, de cierto modo, una ocasión preciosa de conferenciar con usted sobre un asunto que, en el estado actual de las cosas, me parece como el más importante de los que se relacionan con la civilización. A saber, si hay algún medio para librar a los hombres de la amenaza de la guerra.

De un modo bastante general, existe un consenso para reconocer que los progresos de la técnica han convertido esta pregunta en una cuestión vital para la humanidad civilizada; y no obstante, fracasan en una proporción pavorosa los ardientes esfuerzos consagrados a la solución del problema.

Pienso que, aun las personas a quienes el problema preocupa práctica y profesionalmente, tienen el deseo manifiesto, causado por cierto sentimiento de impotencia, de solicitar sobre el punto la opinión de personas colocadas, por el comercio habitual de las ciencias, en una feliz equidistancia respecto de todos los problemas de la vida. En lo que a mí se refiere, la dirección habitual de mis pensamientos no conduce al dominio de las profundidades de la voluntad y del sentimiento humanos. Por eso, en el cambio de ideas que deseo promover, no puedo tener la pretensión de ir más allá del ensayo de plantar el problema, y dejando a un lado las tentativas de solución más o menos exteriores, darle a usted la oportunidad de esclarecer el asunto bajo el ángulo de su profundo conocimiento de la vida instintiva del hombre. Tengo la convicción de su capacidad para indicar los medios educativos que, siguiendo una vida, en cierto modo ajena a la política, pudieran ser eficaces para alejar los obstáculos psicológicos, que el profano en la materia está en condiciones de sospechar, pero cuyas correspondencias y variaciones se hallan fuera de sus posibilidades de apreciación.

Para mí, que estoy emancipado de todo prejuicio nacional, la faz externa del problema, su elemento de organización, me parece sencilla: los Estados crean una autoridad legislativa y judicial, destina-

da a aplacar cualquier conflicto que pudiera surgir entre ellos. Estos Estados adquieren el compromiso de someterse a las leyes que elabore la autoridad legislativa, de apelar al tribunal en los casos litigiosos, de atenerse, sin reservas, a sus decisiones y de ejecutar todas las medidas que el tribunal juzgue necesarias para asegurar su aplicación. Aquí me encuentro con la primera dificultad: un hombre es una institución humana que, en sus decisiones, será asequible a las solicitudes extra jurídicas, tanto más cuanto menor sea su fuerza para poner en vigor las sentencias que dicte. Es un hecho con el cual debe contarse: el derecho y la fuerza se vinculan indisolublemente, y los veredictos de un órgano jurídico se aproximan al ideal de justicia de la comunidad, en cuyo nombre e interés se declara el derecho, en la misma medida en que esta comunidad puede reunir las fuerzas necesarias para hacer respetar su ideal de justicia. Pero, actualmente, estamos muy lejos de una organización supraestatal, capacitada para conferir a su tribunal una autoridad intachable y de garantía de sumisión absoluta de los litigantes a la ejecución de sus fallos. Y he aquí el primer principio que se impone a mi atención: La vía que conduce a la seguridad internacional impone a los Estados el abandono, sin condiciones, de una parte de su libertad de acción, en otras palabras de su soberanía, y no hay duda de que es imposible ir por distinto camino hacia esa seguridad.

UN simple vistazo a la falta de éxito de tantos esfuerzos sinceros, desplegados en el transcurso de los diez últimos años, permite comprender que son poderosas las fuerzas psicológicas actuantes en la paralización de estos esfuerzos. Algunas son fáciles de percibir. El apetito de poder que manifiesta la clase dominante de un Estado obstaculiza cualquier limitación de los derechos de soberanía. Este "apetito político de poder" se alimenta, a menudo, con las pretensiones de otra categoría de personas, cuyo esfuerzo económico se manifiesta de un modo enteramente material. Me refiero a ese grupo poco numeroso, pero decidido en el seno de cada pueblo, despreciando la experiencia y los factores sociales, se compone de individuos para quienes la guerra, la fabricación y el tráfico de las armas sólo representan una ocasión de obtener ventajas particulares, de ensanchar el campo de su poder personal.

* **

ESTA sensible comprobación no es más que un primer paso en el conocimiento de las conjeturas:

Primar la Guerra?

UNA
ENCUESTA
DE LA
LIGA DE
NACIONES

¿Cómo puede esta minoría someter a sus apetitos a la gran masa del pueblo, que no cosecha de la guerra nada más que dolor y pobreza? (Al hablar de la masa del pueblo, no es mi intención excluir a los que, como soldados de cualquier grado, han hecho de la guerra una profesión, y que están convencidos de que defienden los bienes más preciosos de su pueblo, con la persuasión, además, de que la mejor defensa es, a veces, el ataque). He aquí, a mi juicio, la primera respuesta que se impone: Esta minoría de dirigentes, en la actualidad, dispone de la escuela, de la prensa y, casi siempre, de las organizaciones religiosas. Ciertos medios, domina y dirige los sentimientos de la masa hasta convertirla en instrumento ciego. Pero esta contestación, no explica todavía el encadenamiento de los factores presentes, puesto que se impone esta otra pregunta: ¿Cómo es posible que la masa, por los medios indicados, se deje inflamar, hasta la locura y el sacrificio? No hallo más respuesta que la siguiente: El hombre lleva en sí una necesidad de odio y destrucción. Esta disposición se halla latente en tiempos ordinarios, y sólo se manifiesta en períodos anormales, pero puede despertarse, con cierta facilidad, y degenerar en psicosis colectiva. Aquí, parece, reside el problema esencial y más secreto de este conjunto de factores. Y éste es el punto que sólo puede iluminar el gran conocedor de los instintos humanos.

* **

LLEGAMOS así a una última pregunta: ¿Existe alguna posibilidad de dirigir el desarrollo psicológico del hombre de modo que resulte mejor armado contra las psicosis de odio y destrucción? Y está muy lejos de mí el pensamiento de referirme, en lo que voy diciendo, sólo a los seres llamados incultos. Yo mismo he podido comprobar que más bien son los intelectuales los que resultan ser más fácilmente víctimas de las sugerencias colectivas, porque los intelectuales no tienen el hábito de beber en las fuentes de la experiencia vivida. Al contrario, se dejan más dócil y completamente arrastrar por las artimañas del papel impreso.

Y, para terminar, esto más: Hasta ahora, sólo he hablado de la guerra entre Estados; en otros términos, de los conflictos llamados internacionales. No ignoro que la agresividad humana también se manifiesta bajo otras formas y en diferentes condiciones (por ejemplo, la guerra civil, causada, antes, por móviles religiosos, hoy, por móviles sociales, — la persuasión de minorías nacionales). Pero he des-

tañado deliberadamente, la forma de conflicto más desenfrenado que se produce en el seno de las comunidades humanas, porque, partiendo de esta forma será más fácil descubrir los medios de evitar conflictos armados.

Sé que usted, en sus obras, ha contestado directo o indirectamente a todos los interrogantes relacionados con el tema que nos interesa y obses. Pero sería muy provechoso verle desarrollar el problema de la pacificación del mundo a la luz de sus nuevas investigaciones, porque tal estudio podría ser una fuente de esfuerzos provechosos.

Muy cordialmente, suyo

A. EINSTEIN.

La respuesta de Freud

Querido señor Einstein:

AL saber que usted tenía el propósito de invitarme a un cambio de opiniones sobre un asunto que le interesa y que, según piensa, merece también la atención de otras personas, no he vacilado en deferir a su deseo. Me imaginé que usted habría de elegir un problema de los confines de lo que hoy se puede saber, accesible tanto al uno como al otro, al físico lo mismo que al sociólogo, por las vías particulares que recorreremos, de manera que iniciamos a encontrarnos en el mismo terreno, después de haber partido de regiones diferentes. Así es, que me ha sorprendido usted al plantearme la cuestión de lo que puede hacerse para librar a los hombres de la amenaza de la guerra. Para comenzar, me ha espantado mi incompetencia — iba a decir la nuestra, puesto que se trata de una tarea práctica, del resorte especial de los hombres de Estado. Pero me doy cuenta de que usted no promueve el asunto como hombre de ciencia y físico, sino como amigo de los seres humanos y para corresponder a la invitación de la Sociedad de las Naciones, como el explorador Fridtjof Nausea, cuando acometió la empresa de auxiliar a los hambrientos y a las víctimas de la guerra mundial, privados de patria. Me hago cargo, también, de que no espera de mí la anunciación de proposiciones prácticas, sino la simple exposición del problema de la salvaguardia de la paz, a la luz del examen psicológico.

Pero en esto, también usted ha dicho lo más esencial, quitándole el viento a unas velas; pero no obstante, me dispensa, con el mayor gusto, a navegar en la estela de su barco, contentándome en confirmar lo que usted dice con el añadido de las digresiones que me suspiran de cerca, mis conocimientos y conjeturas.

Principia usted por plantear la cuestión del derecho y la fuerza. En ella está el exacto punto

de partida de nuestra encuesta. ¿Me permite us- que sustituya la palabra "fuerza" con el término "violencia" irrasivo y duro?

El derecho y la violencia nos aparecen actualmente como antinomias. Fácil es demostrar que el uno deriva del otro, y si nos remontamos a los orígenes primitivos para examinar cómo empezó a producirse el fenómeno, la solución del problema aparece sin esfuerzo. Si, en lo que va a seguir, usted ve que expongo, como elementos nuevos, hechos generales y repetidamente conocidos, usted me lo perdonará, pues me obliga a ello la filiación de los datos.

Los conflictos de intereses que surgen entre los hombres, se resuelven, pues, en principio, por la violencia. Así sucede en todo el reino animal, del cual no puede excluirse al hombre. Por cierto, que, para el hombre se agregan, además, los conflictos de opinión, que se elevan hasta las más altas cumbres de lo abstracto y cuya solución parecería dirigir una técnica diferente. Por esta complicación tarda en aparecer. En los orígenes, en una horda limitada, la fuerza muscular decidía lo que debía corresponder a uno y quien era el individuo, cuya voluntad debía ser aplicada. Bien pronto, secundan y reemplazan a la fuerza muscular el uso de los instrumentos; la victoria es de quien posee las mejores armas o las emplea con mayor destreza. La intervención del hombre señala el momento en que ya comienza la supremacía de la inteligencia a ocupar el sitio de la fuerza muscular; el objeto final de la lucha sigue siendo el mismo. Una de las dos partes combatientes debe ser obligada, por el daño que experimenta y por el agotamiento de su fuerza, a abandonar sus reivindicaciones o su oposición. A este resultado se llega, en su término máximo, cuando la violencia elimina al adversario de un modo definitivo, es decir, cuando lo mata. Este procedimiento ofrece reanudar la lucha, y su muerte disuadirá a los otros de seguir su ejemplo. Además, el matar al enemigo satisface una disposición instintiva, sobre la cual hablaremos más adelante. A veces, al designio de matar se opone el cálculo, según el cual puede esperarse que el vencido preste servicios útiles, si una vez vencido se le perdona la vida. En tal caso, la violencia no mata, se contenta con la sumisión. Así es como se suaviza el trato del enemigo, pero desde ese momento, el vencedor debe contar con la sed de venganza del vencido, siempre en acecho, y por lo tanto, la pérdida de parte de la propia seguridad.

Tal es, pues, el estado original, el reino de la potencia superior, de la violencia brutal o intelectualmente transformada. Sabemos que este régimen se ha modificado en el curso de la evolución, y que un camino que ha ido de la violencia al derecho, ¿pero cuál? A mi entender, no hay otro que el que termina en el hecho de que es posible rivalizar con el más fuerte por la unión de varios débiles. "En la unión está la fuerza". La violencia se quiebra ante la unión, la fuerza de estos elementos rendidos representa desde ese momento el derecho por oposición a la violencia de una sólo. Vemos, entonces, que el derecho es la fuerza de una comunidad. Sigue siendo la violencia, pronta siempre a volverse contra todo individuo que la resista, trabajando con los mismos medios, en vista de idénticos fines; la diferencia, en realidad reside sólo en el hecho de que ya no triunfa la violencia del individuo, sino la violencia de la comunidad. Por poco que se lleve a cabo este paso de la violencia al derecho nuevo, es necesario que se llene una condi-

ción psicológica. La unión del número debe ser estable y duradera. Si esta unión del número se creara con el solo objeto de combatir a otro más poderoso y disolverse una vez realizada la victoria, el resultado sería nulo. El primero que, después, se tuviera por más fuerte trataría de restablecer el reino de la violencia, y el juego se repetiría indefinidamente. La comunidad debe ser permanente, debe organizarse, establecer reglamentos, en previsión de las insurrecciones posibles, designar los órganos que velen por el cumplimiento de los reglamentos, — las leyes, — y que aseguren la ejecución de los actos de violencia de acuerdo con estas leyes. Por el reconocimiento de semejante comunidad de intereses, se forman, entre los miembros de un grupo de hombres reunidos, lazos de orden sentimental, sentimientos de comunidad, sobre los que se funda, propiamente, la fuerza de la colectividad.

LA GUERRA CIVIL

CREO haber indicado, todos los elementos esenciales; el triunfo sobre la violencia por la transferencia del poder a una unidad más vasta, amalgamada por relaciones de sentimiento. Todo lo demás, no son más que comentarios y repeticiones. La situación es simple, mientras la comunidad se compone más que de un cierto número de individuos de fuerza igual. Las leyes de esta asociación fijan, entonces, en lo que se relaciona con las manifestaciones violentas de la fuerza, la parte de libertad personal a que debe recurrir el individuo, para que la vida en común pueda continuar siendo segura. Pero tal estado de tranquilidad sólo se concibe teóricamente; en realidad, el curso de las cosas se complica, porque la comunidad, encierra, desde su origen, elementos de potencia desigual — hombres y mujeres, padres e hijos — y que, pronto, la guerra y el apresamiento crean vencedores y vencidos, los cuales se transforman en amos y esclavos. El derecho de la comunidad, será, desde entonces, la expresión de estas desigualdades de poder, las leyes se dictarán por y para los dominadores y pocas serán las prerrogativas que se reconozcan a los súbditos. A partir de este momento, el orden legal se halla expuesto a perturbaciones que provienen de dos causas: en primer término, las intenciones de uno u otro de los señores, para colocarse sobre las restricciones aplicadas a sus iguales, para retornar del reino del derecho al reino de la violencia; en segundo lugar, los esfuerzos constantes de los súbditos para ensanchar su poder y conseguir que la ley reconozca las modificaciones conseguidas, es decir, para reclamar, por el contrario, el paso del derecho igual para todos. Esta última corriente se manifestará en particular cuando se produzcan, en el seno de la comunidad, cambios en las atribuciones del poder, según ocurre como una consecuencia de diversos factores históricos. El derecho, en tal caso, puede adaptarse insensiblemente a estas nuevas condiciones, o, lo que ocurre con más frecuencia, la clase dirigente no está dispuesta a tomar en cuenta esos cambios; en cuyo caso sobreviene la guerra civil, con la supresión momentánea del derecho, y su secuela de actos de fuerza. Hay todavía otra fuente de transformaciones del derecho, que sólo se manifiesta por la vía pacífica, y es ésta el cambio de cultura que se opera entre los miembros de la comunidad; pero ello corresponde a un orden de fenómenos que sólo podrá ser tratado más adelante.

LAS GUERRAS DE CONQUISTA

VEMOS, pues, que aun dentro de una comunidad, no puede evitarse el recurso a la violencia en la solución de los conflictos de intereses. Por las necesidades, la coincidencia de intereses surgidos de una existencia en común sobre un mismo territorio, apresuran el apaciguamiento de estas luchas, y bajo tales auspicios, progresan constantemente las soluciones pacíficas. Pero basta un vistazo a la historia de la humanidad para asistir a un desfile no interrumpido de conflictos, ya se trate de una comunidad en lucha con una o varias agrupaciones entre unidades unas veces más vastas o más reducidas, entre ciudades, países, tribus, pueblos, imperios, conflictos casi siempre resueltos mediante el choque de las fuerzas en el transcurso de una guerra. Tales guerras terminan, ya sea en el pillaje, ya sea en la sumisión completa, por la conquista.

No puede formularse un juicio de conjunto sobre las guerras de conquista. Muchas de ellas, como la de los Mongoles y de los Turcos, sólo han traído desventuras; otras, en cambio, han contribuido a transformar la violencia en derecho, creando unidades más vastas, dentro de las cuales estaban suprimidas las posibilidades de recurrir a la fuerza. Así las conquistas romanas que proporcionaron a los países mediterráneos la preciosa **PAX ROMANA**. Las ambiciones territoriales de los reyes de Francia han creado un país unido en la paz y floreciente. Por paradoja que parezca, debemos confesar que bien podría ser que la guerra no fuese un medio inoportuno para alcanzar la paz "eterna", porque ella se presenta como capaz de constituir vastas unidades, en cuyo seno un poder central podría lograr que las guerras fuesen imposibles. Sin embargo no llega a este resultado, porque los éxitos de la conquista, en general, son de corta duración, las unidades recientemente creadas se desagregan a su vez, casi siempre por falta de cohesión entre las partes reunidas por la fuerza. Y, además, la conquista no ha podido crear, hasta ahora, más que unificaciones parciales, — de gran envergadura, es cierto — y cuyos conflictos reclaman precisamente soluciones brutales. El resultado de todos esos esfuerzos guerreros ha sido simplemente que la humanidad ha cambiado las escaramuzas por grandes guerras, tanto más devastadoras cuanto más raras son.

ESFUERZOS REALIZADOS PARA IMPONER LA PAZ

EN lo que concierne a nuestra época, se impone la misma conclusión a la cual usted ha arribado por un camino más corto. Seguramente, sólo es posible evitar la guerra si los hombres se entienden para instituir un poder central a cuyas decisiones se someterían en todos los conflictos de interés. En ese caso, se imponen dos necesidades a igual título: la de crear una parecida instancia suprema y la de dotarla de la fuerza apropiada. Sin la segunda, la primera no es de ninguna utilidad. Pues la Sociedad de las Naciones ha sido concebida como autoridad suprema de ese género, pero la segunda condición no está realizada. La Sociedad de las Naciones no dispone de una fuerza propia y no puede obtenerla si los miembros de la nueva asociación — los diferentes Estados — no se la conceden. Y hay poca esperanza, por el momento de que la cosa se produzca. Pero no se comprendería, en suma, por qué esta institución ha sido creada, si no se supiera que ella representa, en la his-

toria de la humanidad, una tentativa muy raramente concebida y jamás realizada en proporciones semejantes. Tentativa que consiste en adquirir la autoridad, es decir, la influencia apremiante, ordinariamente basada sobre la detentación de la fuerza, apelando a ciertos principios ideales. Dos factores, como hemos visto, aseguran la cohesión de una comunidad: el apremio de la violencia y las relaciones de sentimiento — las identificaciones, como se las designaría en lenguaje técnico — entre los miembros de este mismo cuerpo. Si uno de los factores llega a desaparecer, se puede hacer que el otro mantenga la comunidad. Tales nociones no pueden, naturalmente, tener significación sino cuando ellas corresponden a importantes elementos de la comunidad. Queda por saber cuál es entonces su poder. La historia nos enseña que estas nociones realmente han ejercido su acción. La idea panhelénica, por ejemplo, la conciencia de ser algo mejor que los bárbaros vecinos, y en la que se encuentra la tan vigorosa expresión en las confederaciones anfictiónicas, en los oráculos y en los juegos, ha sido bastante poderosa para dulcificar el régimen de la guerra entre los griegos, pero no lo suficiente, naturalmente, para suprimir los conflictos armados entre las diversas facciones del pueblo griego ni siquiera para disuadir a una ciudad o a una federación de sociedades a aliarse a los persas enemigos para reducir a un rival. El sentimiento de comunidad cristiana, cuya fuerza es bien conocida, tampoco ha podido impedir, en la época del Renacimiento, que pequeños y grandes Estados cristianos buscaran el apoyo del Sultán en las guerras que sostenían entre ellos. En nuestra época, igualmente, no existe ninguna idea a la que pudiera acordarse semejante autoridad conciliadora. Los ideales nacionales que gobiernan hoy a los pueblos — la cosa es bien clara — impulsan al acto de oposición. No faltan gentes que predigan que sólo la penetración universal de la ideología bolchevista podrá poner término a las guerras, — pero, de todas maneras, estamos todavía muy lejos de tal solución, y tal vez no pueda llegarse a ella sino después de espantosas guerras civiles. Parece, pues, que la tentativa consistente en reemplazar la fuerza material por la fuerza de las ideas, está expuesta, por el momento, al fracaso. Se comete un error de cálculo al desatender el hecho de que, en sus orígenes, el derecho ha sido la fuerza brutal y de que todavía no puede prescindirse del concurso de la fuerza.

INSTINTOS EROTICOS Y PULSION

DESTRUCTORA

ENTRETANTO no puedo hacer nada mejor que comentar otra de vuestras proposiciones. Usted se asombra de que sea tan fácil excitar los hombres a la guerra y presume que llevan dentro de sí un principio activo, un instinto de odio y de destrucción siempre dispuesto a acoger esa suerte de excitación. Creemos en la existencia de tal propensión y precisamente nos hemos esforzado, en el transcurso de estos últimos años, en estudiar sus manifestaciones. ¿Me será permitido, a este propósito, exponerle una parte de las leyes del instinto a las cuales hemos llegado después de muchos titubeos y de muchas vacilaciones? Nosotros admitimos que los instintos del hombre se remontan exclusivamente a dos categorías: de una parte aquellos que quieren conservar y unir; a éstos los llamamos eróticos, — exactamente en el sentido de **EROS** en

el SYMPOSION DE PLATON — o sexuales, dando explícitamente a este término la extensión del concepto popular de sexualidad; de otra parte, aquellos que quieren destruir y matar; a éstos los englobamos bajo los términos de pulsión agresiva o pulsión destructora. Como usted ve, esto no es, en suma, sino la transposición teórica del antagonismo universalmente conocido del amor o del odio, que es tal vez una forma de la polaridad de atracción y de repulsión que juega un papel en vuestro dominio. Pero no nos hagáis pasar demasiado rápidamente a las nociones de bien y de mal. Estas pulsiones son tan indispensables la una como la otra: es de su acción conjugada o antagonista que surgen los fenómenos de la vida. Pues parece que casi no llega sino un instinto de una de las dos categorías que pueda afirmarse aisladamente; está siempre "ligado", según nuestra expresión, a cierta cantidad de la otra categoría, que modifica su objeto, o, según el caso, al permitirle su realización. Así, por ejemplo, el instinto de conservación es ciertamente de naturaleza erótica; pero es precisamente este mismo instinto que debe poder recurrir a la agresión, si quiere hacer triunfar sus intenciones. Asimismo, el instinto de amor, referido a los objetos, tiene necesidad de una dosis de instinto de posesión, si quiere, en definitiva, entrar en posesión de su objeto. Y es precisamente la dificultad que se experimenta en aislar las dos clases de instintos, en sus manifestaciones, que nos ha impedido reconocerlos durante tanto tiempo.

PAN... PAN... RENOMBRADO

SI usted quiere todavía continuar un poco conmigo verá que las acciones humanas revelan una complicación de otro género. Es muy raro que el acto sea la obra de una sola incitación instintiva, que ya en sí misma debe ser un compuesto de EROS y de destrucción. En regla general, muchos motivos, parecidamente compuestos, tienen que coincidir para conducir a la acción. Uno de vuestros colegas ya lo había percibido, — quiero referirme aquí al profesor G. Ch. Lichtenberg, que enseñaba física en Göttingue en la época de nuestros clásicos; pero en él, el psicólogo era quizá más importante aún que el físico. Había descubierto la suma de los motivos cuando declaró: "Los móviles en razón de los cuales obramos podrían ser repartidos como los treinta y dos vientos y formular sus designaciones: PAN... PAN... RENOMBRADO o: RENOMBRADO... RENOMBRADO PAN".

MOVILES CONSCIENTES

E INCONSCIENTES

ASI, pues, cuando los hombres son incitados a la guerra, toda una serie de motivos pueden encontrar en ellos un eco a este llamado, nobles unos, vulgares los otros, de algunos de los cuales se habla abiertamente y otros que se les ocultan. No tenemos ninguna razón para enumerarlos todos. La propensión a la agresión y a la destrucción se encuentra evidentemente en muchos de ellos: innumerables crueldades que nos suministra la historia y la vida diaria confirman su existencia. Al excitar a esos propensos a la destrucción por otras tendencias eróticas y espiri-

tuales, se les proporciona naturalmente el medio de desahogarse más libremente. A veces, cuando oímos hablar de las crueldades de la historia, tenemos la impresión de que los móviles idealistas no han servido más que de biombos a los apetitos destructores; en otros casos, si se trata, por ejemplo, de las crueldades de la Santa Inquisición, pensamos que los móviles ideales se han situado en el primer plano, en lo consciente, y que los móviles destructores les han dado, en lo inconsciente, un suplemento de fuerza. Las dos posibilidades son plausibles

TODA CIENCIA DEVIENE MITOLOGIA

TENGO escrúpulo en abusar de su atención, que se inclina a buscar los medios de prevenir la guerra y no sobre nuestras teorías. Y sin embargo quisiera detenerme todavía un instante sobre nuestro instinto de destrucción, cuya boga no está de ningún modo en relación con su importancia. Con un pequeño derroche de especulación, hemos llegado a concebir que esa pulsión obra en el seno de todo ser viviente y que tiende a conducirlo a la ruina, a retrotraer la vida al estado de materia inanimada. Una inclinación semejante merece verdaderamente la designación de instinto de muerte, mientras que las pulsiones eróticas representan los esfuerzos en pos de la vida. El instinto de muerte se convierte en pulsión destructora por el hecho de que se exterioriza, con ayuda de ciertos órganos, contra los objetos. El ser animado protege, por así decirlo, su propia existencia al destruir el elemento extraño. Pero una parte del instinto de muerte queda obrando dentro de ser animado, y nosotros hemos intentado hacer derivar toda una serie de fenómenos normales y patológicos de esa reversión interior de la pulsión destructora. Hasta hemos cometido la herejía de explicar el origen de nuestra conciencia por uno de esas reviradas de la agresividad hacia adentro. Como usted ve, no podría considerarse tal fenómeno a la ligera, cuando él se manifiesta en una escala demasiado grande; a causa de ello se vuelve propiamente malsano, mientras que la aplicación de estas fuerzas instintivas a la destrucción en el mundo exterior alivia al ser viviente y debe tener una acción benéfica. Eso puede servir de excusa biológica a todas las inclinaciones odiosas y dañinas contra las cuales luchamos. Estamos forzados a advertir que ellas están más cerca de la naturaleza que la resistencia que les oponemos y para la cual todavía tenemos que encontrar una explicación. Tal vez tenga usted la impresión de que nuestras teorías son una especie de mitología que, en este caso, no tiene nada de reconfortante. ¿Pero acaso toda ciencia no se vuelve a esta especie de mitología? ¿No le ocurre a usted lo mismo en el dominio de la física?

HAY QUE ESTIMULAR EL EROS

HE aquí lo que nos permite llegar a la conclusión, para volver a nuestro asunto, de que se haría obra inútil si se pretendiera suprimir las inclinaciones destructoras de los hombres. En las regiones dichosas de la tierra, donde la naturaleza ofrece profusamente todo aquello de que el hombre tiene necesidad, debe haber pueblos cuya vida se desenvuelve en la luz y en la paz. (Termina en la pág. 47).

Yo, el extranjero

Por **MAGDELEINE PAZ**

Soy extranjero. No es menester que lo diga; ya lo pregonan mi cara: aquí los estigmas de la desdicha, allí los del desamparo.

Pero no quiero hablar de miserias. Quisiera hablar de hombre a hombre. Hay cosas que ahogan. Concededme sólo cinco minutos.

Hace mucho tiempo que vivo en Francia, yo, el innumerable, yo, que me he desparramado sobre vuestra tierra en más de un millón trescientos mil ejemplares, según decían las estadísticas de fines de 1931.

He venido a vivir entre vosotros por dos razones. Por una razón que se confunde con vuestro interés. Y por una razón que atañe a vuestro honor.

Dejadme evocar la primera. He venido en la época en que necesitábais estos brazos que os muestro. Durante largos años he contribuido a levantar la economía de vuestro país, postrada por la guerra. Con estos brazos que ahora veis ociosos, he reconstruido junto a vosotros, codo con codo, las ciudades y las aldeas devastadas, he cultivado vuestros campos, he labrado tierras estériles y les he arrancado cosechas abundantes. Me habéis visto siempre allí donde la producción reclamaba un impulso nuevo: en las minas, en los talleres, en las usinas en las canteras, en las granjas, al borde de las vías y a lo largo de todos los caminos. Aquella era una buena época. Con el gozo en el alma prodigábamos nuestra fuerza y nuestra substancia humana; entonces, cada cosa tenía su razón de ser. Una estrecha confraternidad nos unía. Comunes eran nuestros esfuerzos y nuestros cantos, nuestras preocupaciones diarias, nuestras penas y nuestro reposo.

* * *

A la sombra de vuestro hogar edificué el mío. Cuando mis hijos entreabrieron los ojos, el primer cielo que vieron fué el cielo de Francia; vuestra tierra soportó sus primeros pasos. Pasaron los años, y nuestros niños fueron a la escuela; aprendieron un idioma, el vuestro; las primeras nociones que albergaron sus cabecitas, fueron las grandes ideas que corren por vuestras venas, por las cuales combatieron vuestros antepasados.

Llegó luego el instante en que la sombra helada de la crisis oscureció el mundo. Se extendió sobre Francia. Ante nuestros ojos, dilatados por la angustia, cerraron sus puertas las usinas, se apagaron los altos hornos, cesó el ruido de los traba-

jos, un silencio sepulcral cayó sobre la algarabía de los talleres.

Nosotros, que prodigamos sin recompensa nuestras fuerzas, somos reos ahora por el simple hecho de respirar vuestro aire. Las ocupaciones se han hecho cada vez más raras. Ante las oficinas de colocaciones crecen las largas filas. El pan que comemos ha cobrado un amargo sabor: nos dicen que es pan que robamos a nuestros hermanos franceses. Entre todos los reproches que pesan sobre nosotros, este es el más cruel, el que nos "lastima el alma" como el pan duro que comemos.

* * *

Y sin embargo, mirad las cifras. Según vuestras estadísticas éramos 1.300.000 emigrados a fines de 1931, y en la actualidad apenas si somos 800.000. Vosotros sabéis tan bien como yo que los puestos que han dejado vacantes los extranjeros a quienes se obligó a partir, no han sido llenados por franceses.

Por si objetárais: "De no haberse ido esos 500.000 extranjeros sería mayor el número de desocupados franceses", permitidme que os evidencie la siguiente verdad:

Esos 500.000 extranjeros tenían una familia y la han llevado con ellos. Eso equivale a decir que Francia se ha privado en el término de cuatro años de un millón y medio de consumidores. En vuestro idioma o en el mío, ¿no significa eso, disminución del poder de adquisición, agravación de la crisis?

¿No creéis que las industrias del vestido, del calzado, que las industrias textiles sienten el efecto de esta absurda operación? Muchos obreros franceses que vegetan en la desocupación, ¿no deben su miseria a esto? Los pequeños comerciantes, que han perdido millón y medio de clientes, ¿pueden culparnos a nosotros si sus negocios no prosperan, si se les ha arrebatado una vasta clientela?

No pensáis acaso que si el alto patronato ha podido implantar tan fácilmente la baja de salarios, la reducción en masa de las pensiones y la asistencia social, es porque nos ha disociado, nos ha lanzado unos contra otros? Mientras que, si frente a él se hubiera levantado una masa homogénea, irreductible, y decidida a no soportar el peso de las faltas y las contradicciones internas del régimen, hubiera meditado un poco antes de realizar tal operación?

No nos engañemos; cuando a nosotros nos persiguen, nos echan, cuando nos aplasta el talón de

hierro, la amenaza se cierne sobre los trabajadores franceses: los capitalistas quieren limpiar el terreno para tomar impulso antes de echarse sobre vosotros.

Y queda aún un argumento, que se refiere a la vida misma de Francia en tanto que nación: esto es, el descenso de la natalidad que deploran unánimemente todos los patriotas franceses.

Leed las obras y las revistas que tratan de la cuestión demográfica: no encontraréis más que gritos de alarma y llorosas constataciones. Como consecuencia de la expulsión de centenares de miles de extranjeros la ventaja temporal de que gozaba Francia bruscamente. El censo de 1936 será catastrófico.

Y bien, por qué aberración se llega a despreciar el elemento nuevo, emulador, investigador, creador, fortalecedor, que constituye, en el seno de la producción francesa, la mano de obra extranjera?

No pienso citar todas las ramas de actividad que deben, más que su animación, su existencia, a las dotes, a la técnica, a la experiencia de las diversas categorías de extranjeros; me limitaré a decir que el aporte extranjero es un bien y una necesidad, porque obra a manera de estimulante, porque representa ese elemento de diversidad y renovación que es la esencia misma de la vida.

He dicho que una de las razones de mi estadía en Francia atañía a vuestro honor. Es verdad. Yo, el extranjero, el paria, he venido a vuestro hogar como antaño, en la edad media, se entraba bajo el pórtico de la iglesia — lugar de asilo, lugar inviolable en que el refugiado adquiría cualidad intangible y sagrada.

Francia ha sido eso para nosotros. Desde el fondo de los calabozos de Asturias, desde el fondo de los campos de concentración, Francia ha brillado ante nosotros como un umbral de luz, como la patria de los hombres libres — como nuestra patria. Podéis estar orgullosos: durante mucho tiempo nuestra esperanza se ha vestido con los rasgos de vuestro rostro. ¡Si supiérais cómo latían nuestros corazones cuando franqueábamos la frontera francesa! ¡Y con qué ebriedad respirábamos este aire que nos dejaba en los labios un gusto

a libertad y pasaba sobre nuestras frentes como un bálsamo rejuvenecedor!

En este momento nuestros corazones se agitan, no de alegría, sino de angustia, no de contento, sino de vergüenza. Se nos quiere hacer aparecer ante vosotros como a gentes desmandadas, como a una especie de turba humana. Ah! mirad bien a estos "elementos peligrosos"! Miradlos hasta el alma, y si sabéis mirar, atrevéos a decir que algunos de entre ellos no son, por el contrario, la fina flor de humanidad, los más valientes, los más lúcidos, los más libres entre los hombres. Sin saberlo ni quererlo, el fascismo ha donado a la población francesa lo que los pueblos a quienes oprime tenían de máspreciado. La ha enriquecido con tesoros de coraje, de inteligencia, de nobleza, le ha dado artistas, escritores y pensadores, ha echado hacia este lado de la frontera todo lo que había allí de grandeza, de valor humano, pues la barbarie no sabe qué hacer con esas virtudes.

He terminado. ¿Invocaré vuestra piedad? Hace meses que estoy en el suelo, hace meses que grito desde el fondo del abismo. El abismo es demasiado profundo, sin duda, para que lleguéis a oírme.

Os cedo la palabra. Vais a decirme si, por vuestro gusto, aprobáis la expulsión de hombres que son al par creadores de riquezas, clientes consumidores, número carnal, fermento de actividad, levadura espiritual y moral. Vais a decirme si, para complacer a los aprovechadores de la crisis, aprobáis que se disminuyan vuestras oportunidades; volvéis la espalda a vuestro interés, os despojáis de todo prestigio y mancháis vuestro rostro con un estigma infame.

Volveré a la Francia de la sombra y del hambre, a la Francia de las ventanillas, de los gendarmes y los funcionarios, a la Francia del círculo infernal: "si no tenéis credenciales no puedo daros trabajo; si no tenéis trabajo no puedo daros credenciales", a la Francia de las puertas cerradas, de las paredes inexorables, de los puños en alto. Es la única Francia que conozco.

¡Decidme que hay otra!

Magdeleine Paz.

(Traducción de E. A. Laureiro)

Heine, periodista

Por CORPUS BARGA

Si alcanzásemos este propósito, que la gran masa comprenda el presente, los pueblos no se dejarían ya excitar al odio y a la guerra..." Este propósito no puede ser de más actualidad. Más periodístico. Sobre todo en el sentido "eterno" que debe informar al periodismo: "que la gran masa comprenda el presente". Es, en efecto, la finalidad que al periodismo asigna Heine en el prefacio de la colección de sus artículos y boletines cotidianos, escritos desde París, ahora hace poco más de un siglo (en los años 31 y 32 del pasado), para la "Gaceta General de Ausburgo", diario "digno de su autoridad mundial y que se podía muy bien llamar "Gaceta General de Europa", según dice Heine en el mismo prefacio.

Entonces se tenía fe y esperanza en Europa y en la libertad; por lo tanto, en la prensa y en el progreso. Luego se ha visto que el progreso no mejoraba la prensa en el conocimiento del presente, como tampoco el mejoramiento de los instrumentos de comunicación beneficiada siempre a la libertad, sino que a menudo reforzaba los resortes de la autoridad. Si mañana Abisinia fuese italiana, el gobernador general de Italia en Abisinia imperaría en el país mucho más de lo que ha podido imperar el Negus, por la misma razón que el alto comisario francés en Marruecos y el virrey inglés de la India hacen sentir su autoridad mucho más que los sultanes, los rajas o los sátrapas antiguos. Estos tiranos del pasado tenían armas muy cortas para imponer su tiranía. La función substancial de la autoridad, es decir la función de sacar dinero, les costaba trabajo, a veces sangre y desde luego tiempo. Cobrar los impuestos era toda una operación política, cuando no era guerrera. Para las órdenes más sencillas habían de enviar emisarios a las tribus, que obedecían o no, según las circunstancias, las conveniencias y las amenazas que podían pesar sobre ellas. El virrey moderno y el alto comisario actual, con el telégrafo o el teléfono hacen cumplir inmediatamente una orden suya en todo el territorio bajo su mando. La imprenta, la prensa misma, es otro adelanto que ayuda para hacerse obedecer.

Si; nada más curioso y aleccionador sobre el destino propio y oculto, insospechado y en ocasiones hasta contradictorio, que suelen tener las obras de los hombres, que lo sucedido con la prensa, instrumento creado para la difusión de las noticias y de las ideas, en consecuencia, para servir de medio y ayuda a las opiniones, órgano de libertad que naturalmente se ha ido convirtiendo primero en órgano de partido, luego en órgano de clase y de grupos, por último en órgano de Estado, en los tres casos en transmisor de direcciones, consignas y órdenes, o sea en instrumento de autoridad. "Si en tiempos de Luis XVI hubiese habido prensa como la actual, — se ha dicho hace poco en Francia, — no hubiera estallado la Revolución Francesa". Y se ha visto, en efecto, que después de la guerra europea, cuando la revolución avanzó de Rusia por Alemania hacia las democracias occidentales, la prensa, no sólo la conservadora, la misma prensa revolucionaria, era, en definitiva, un pararrayos de la revolución; cierto que la prensa revolucionaria excita y carga el ambiente, pero su mayor excitación es siempre clara, no revoluciona el ambiente tanto como la falta de noticias, las discusiones confusas y falsas que hicieron arder a Francia en 1789.

De este servicio que presta naturalmente la prensa, aun sin ser forzada, a la autoridad e inclusive al autoritarismo, es verdad que puede sacarse la observación consoladora de que los excesos de la libertad encuentran en la libertad misma su remedio. La prensa mejor, la que cumpla el insuperable propósito de Heine "que la gran masa comprenda el presente", no resulta revolucionaria en el sentido corriente de esta palabra. La comprensión lleva y ha llevado a las mayores revoluciones, pero no a lo que entiende la masa por revolución. Para esta revolución se necesita, al contrario y sobre todo, por parte de la masa, cierta dosis de incompreensión. Heine, tan corrosivo, no fué un periodista revolucionario en aquellos años turbulentos de revoluciones. Se mostró ponderado y decidido a no perseguir en sus artículos sino "el conocimiento del presente". "A esta mi-

sión — escribió en el prefacio antes citado — quedará dedicada mi vida; ésta es mi faena. El odio de mis enemigos puede servir de garantía de cómo he cumplido fiel y honrosamente esta misión hasta la fecha. En lo sucesivo siempre me mostraré digno de este odio. Mis enemigos nunca me olvidarán ni aun cuando mis amigos, en el tumulto de las pasiones irritadas, tomen por tibieza, mi calma avisada y circunspecta”.

Tal circunspección, semejante tibieza, no apagaron la viveza de Heine ni marchitaron su gracia literaria, que lució pertinentemente en el periodismo la ironía mordaz del gran sarcástico. Heine fué un periodista de principios más de sensibilidad; insobornable, pero sin pedantería; humano, aunque de mucho criterio; nada demagógico y muy liberal; tan agresivo como comprensivo; doctrinario, informador, anedótico... Fué no tangencialmente, redonda; totalmente periodista. El periodismo hecho escritor. Hecho por un escritor genial. Todos los matices respetados. Todas las contradicciones explicadas. Sencillamente complejo. De apreciaciones claras y serenas. De actitudes delicadas y firmes. Sonrisas, estocadas, justicias, perdones, desprecios, reconocimientos, verdades. Verdades y la verdad, ante todo, ante las conveniencias, ante las convicciones, ante los partidarios igual que ante los adversarios. La verdad. Heine se hizo periodista para decir la verdad. Nadie pretenderá que fuera infalible; cometió los errores de su época y los de sus juicios, es decir los de sus prejuicios. Pero sabido es que Heine, si físicamente perteneció a la raza hebrea, moralmente pertenece a la raza de los espíritus más libres de prejuicios y por lo mismo más razonables que — desde Luciano, para no ir a buscarlos más lejos, hasta él, pasando por el más señalado de todos, por Voltaire — ha tenido la humanidad.

También Voltaire y Luciano han sido considerados en cierto modo cual periodistas. Y lo son, no en “cierto modo” así como para rebajarlos; lo son en lo que tiene de esencial, de género moral y literario, en lo que tiene de “eterno” el periodismo, que periodismo lo ha habido siempre, ha sido una modalidad anterior al descubrimiento de la imprenta y aun a la invención del alfabeto. Sin embargo, no ya porque las formas periodísticas de Luciano y de Voltaire están más lejos de nosotros, sino porque escribió en la época de las luchas por la libertad (especialmente por la libertad de prensa) y por existir más dinámicamente las cosas cuando se lucha por ellas, Heine es periodista más totalmente. Se ha dicho en nuestros días, con ánimo de destrucción literaria (lo ha dicho un dadaísta, Tristán Tzara), que ya no caben en la literatura más que dos géneros: la poesía y el libelo. Esta es una de las pocas paradojas que encierra una verdad, si se amplía su alcance y a la vez se precisan sus términos. No de ahora, sino de siempre, puede decirse que toda literatura es poesía o periodismo, entendiendo por periodismo todo lo que es relato, informe, desde luego noticia y comentario, todo, en fin, lo que es, según la fórmula periodística de Heine, “conocimiento del presente”; y entendiendo por poesía el absoluto lirismo, la poesía pura, que se ha dicho en nuestros días también. Heine no tenía esta concepción de la pureza poética, como ningún gran poeta del pasado la ha tenido, a pesar de lo cual su valor poético es puramente lírico. Tampoco tenía la concepción libelista del periodismo, a pesar de lo cual su conocimiento periodístico del presente aparece hoy con todo su valor de acusación.

“Les acuso”, escribió refiriéndose a los autores de las resoluciones de la Dieta que entregaba Alemania a Prusia y Austria, “les acuso de abusar...”, “les acuso de crimen...”, “les acuso de alta traición...”. El célebre “Yo acuso”, de Zola que no fué — el título — de Zola sino de Clemenceau, ese gran aserto periodístico, lo tuvo ya Heine. De sus artículos, escritos durante su destierro en Francia y publicados ahora en castellano por la “Revista de Occidente” en la colección de “Libros del siglo XIX” bajo el título “Lo que pasa en Francia, 1831-1832”, todo periodista debe sacar para su particular uso una antología de buena enseñanza. Ninguna historia da mejor que estos artículos una idea de lo que fué la Francia de Luis Felipe ni de lo que fué en ciertos aspectos la gran revolución, todavía evocada en caliente. La evocación de Mirabeau que hay en uno de ellos es un estudio insuperable. Los boletines cotidianos sobre la intentona republicana de junio del 32 son admirables lecciones de corresponsalía periodística. Esta colección de artículos constituye un manual para uso de los corresponsales en el extranjero.

EL DESFILE

(Viene de la pág. 10)

de los soldados grises.

Los curiosos quedan perplejos. Los soldados que marchan al paso de parada, con las piernas estiradas, no se dieron cuenta todavía; sigue pasando una fila tras otra, como las aspas de un molino de viento, incesantemente. Ven el animal... y ya pasaron. Los rostros permanecen inexpresivos, idénticos, como de estampas inmóviles.

Brujo se quedó parado. Tiene miedo, como todos. Pero de repente alza la cabeza y — todos retienen la respiración — salta jubilosamente contra uno de esos muñecos. Martín lo reconoce. Es el padre, el bondadoso padre de la niñez, un oasis en el desierto. Fero, ¿qué? Sigue marchando, sin inmutarse, clap, clap, clap. Sus piernas — Martín las reconoce porque jugaba tantas veces sobre ellas — se mueven como las hojas de un cortaplumas. Gris, perdido, amargado, pasa delante de la gente, como todos los demás. Martín ve que el padre reconoce a Brujo a pesar de que man tiene la mirada fijamente dirigida hacia adelante; empieza a temblar cuando el animal asalta sus piernas. ¡Pero las piernas! Dios mío, las piernas. Se levantan, arriba abajo, arriba, sin compasión, incommoviblemente crueles — piensa Martín —. Y tanto mayor es esa crueldad de parte del padre, por cuanto éste ha de saber lo ridículo que resulta. Martín adquiere de repente la conciencia de lo que

es guerra y quisiera morir. Siente que eso no es un juego, que es una violencia irresistible, lúgubre, grandiosa y ridícula.

El perro se asusta. Lo sorprenden las botas duras que le tocan y le vuelven a tocar. Ese murallón de miradas fijas y de olor a sudor no se para, sino marcha. Pasará por encima de él. El animal llora, grita. Por una partícula de segundo, el niño cree observar en el rostro del padre un movimiento. ¿Se producirá un desorden en las filas? En ese momento aparece un suboficial. Un héroe. Primero hace "chtch" pero sólo consigue que el perro muerda, de miedo, las botas del padre, dispuesto a no abandonarlo. Y el padre sigue levantando, bajando, levantando las piernas, arrastrando a Brujo. Ahora el suboficial desenvaina la bayoneta y la hunde profundamente en el cuerpo del animal. Martín percibe el ruido, a pesar de los pasos. Entonces el suboficial levanta un poco la bayoneta: un pedazo de acero reluciente y el cuerpo de Brujo convulsionándose. Tira el cadáver, lo sacude a un lado, fuera de las filas en marcha. Y vuelve a envainar la bayoneta. Tiene un rostro serio, sombrío. Cuando hundió su arma en la carne de Brujo, su boca estaba abierta y relucían sus ojos.

Pero entretanto ya pasó su fila y la próxima. Martín lo sigue con la vista. Pero ahora ya el suboficial es uno de tantos confundido con todos, imposible de ser distinguido. Desde atrás todos son iguales, el suboficial y todos. También el padre.



Charles Chaplín (ensayo)

Una carcajada que se cuaja en lágrima sentida, sensibilidad hostigada por el genio del Hombre, manojo de nervios llevados en vaivén del dolor a la risa: esto es el público frente a él, frente a Charles Chaplín.

Títulos, palabras, nombres, escenas... Y, entonces, en "un" momento, aparece: sus zapatos, su varita, su galera, sus bigotes... Aparece, y es él.

Dos pasos... el primer tropiezo; se detiene, nos mira; parece solazarse interiormente con la visión de esa masa homogénea que, ante su figura, se ha hecho ovación, risa estallante, carcajada formidable, con el eco escondido y descubierto de la emoción futura que se adivina.

Pero yo... no miro su figura, ridícula en principio, sublime en función. Yo... llego directamente a los ojos, a sus ojos, y es allí: allí se encuentra compendiado, en amalgama su-

friente, todo lo representativo de la farsa trágica de la vida, aquello que nos hace fantoches, artistas, gigantes; sentimientos que nos ayudan a ser buenos y nos empujan ¡quién sabe dónde! Y entonces se advierte con emoción lo más hermoso de su mirada, esa luminosidad íntima que se refleja en forma de amor; un grande y tierno amor para el paria, para el desheredado, para el sufriente, a quien dedica su obra.

Y es después, cuando, temblorosos los labios, abiertos en extraña mezcla de desgarramiento placentero y doloroso, suspendido el cristal de las lágrimas en las pestañas agitadas, palpitante el corazón de gozo y estrujado de amargura, se levanta un clamoroso: ¡Chaplin! ¡¡Chaplin!!, que lo resume todo...

SARA HERSCHKOVICH

(Viene de la pág. 4)

hombres de letras. Por mi parte, es posible que me azote sir Oswald Mosley o me infunda disciplina en un campo de concentración el británico puro Mr. Gilbert Frankau.

Pero de una cosa estoy seguro. A la larga, el juicio de los libros triunfará, y el inculto tendrá que caer de rodillas. A la larga, el juicio de los libros ajustará cuentas con la heroicidad vociferante de esos incultos insurrectos. Pesaremos con precisión el valor real del Sr. Hitler. Conoceremos la verdad acerca de Goering y Goebbels, y acerca del asesinato de Matteotti, y de la trama sutil de la incapacidad administrativa y del "sabotaje" en Rusia.

Para concluir, quiero que se me permita confesar la verdad sobre mi único intento como destructor de libros. La infortunada víctima de mi celo era un ejemplar, atrasado en cinco años, del Anuario de la Bolsa.

El verdadero significado del Plan Rosenberg

Párrafos del libro "EL PLAN DE HITLER" de Ernest Henri

La dinámica económica de Thyssen ya no es más **nacional**. La gran máquina productiva del Ruhr y de su estructura subsidiaria se ha hecho tan enorme, tan intensa, las irradiaciones de sus centros de energía son de tanto alcance que su objetivo ya no está constituido por una nación particular, ni aún por una nación engrandecida, sino por un **continente** por lo menos. Este hecho encierra la quintaesencia del desarrollo del sistema de Thyssen como lo hemos visto en el capítulo anterior. Pero una fuerza continental necesita un ejecutor continental. Thyssen ya nada puede hacer con una política exterior alemana puramente nacional. La política exterior del Estado liberal anterior, que se limitaba al restablecimiento de las antiguas fronteras nacionales (abolición del corredor de Danzig, reconquista de la Prusia oriental y de la Alta Silesia, reanexión del Sarre), no es para él más que una gota en el océano. Por ese motivo todo el plan anterior de la diplomacia alemana, la política reconstructiva de Stresemann para volver al **statu quo** de 1914, nada significa para él. Ya no quiere volver a 1914, hace mucho que ya ha superado ese propósito. Necesita algo fundamentalmente nuevo y para esto la concepción de una restauración nacional y de un Estado nacional en general es demasiado estrecha: **necesita un Estado nacional con una política exterior particular**. En esta forma esa política no existe, tiene que ser inventada: los hechos engendran las ideas, y la están inventando. Es el nuevo "Estado racial" o mejor dicho el **Imperio racial** del nacional-socialismo. Este es el significado profundo, le verdadero origen de esta consigna hitlerista, una de las más frecuentes y más sagradas.

Nada tiene que ver en esto la cuestión de los judíos. Los judíos constituyen el mejor pretexto de los nazis para sus fines de agitación y el más vulgar de sus espantajos. El antisemitismo es el opio del hitlerismo. Es además un medio para desviar privilegios y beneficios especiales provenientes de la riqueza nacional en provecho de un sector de la clase media, es decir del sector superior y de un sector de la oligarquía, es decir el grupo selecto del Trust del acero, a expensas de los judíos. Pero sería uno de los errores más grandes y una de las equivocaciones políticas más torpes creer que la esencia de la política racial de los nazis sea el antisemitismo, la lucha contra los judíos. Lo que está en juego es mucho más que eso. La verdadera lucha

es contra las grandes potencias y no contra ese núcleo de existencias dispersas de los antiguos y nuevos ghettos de Berlín y de Fráncfort. Lo que está en juego es el mapa futuro de Europa. Lo que está en juego es el plan continental de Thyssen. La doctrina racial nazi de Hitler, Goebbels y Rosenberg afirma: el antiguo Estado naciona pertenece a la época del liberalismo y debe desaparecer con él. Así como ha sido descartada su forma interna, la democracia, también debe cambiar su forma externa. La nueva forma de Estado para el nacional-socialismo victorioso es el Imperio racial. "La concepción del siglo XIX de un Estado nacional era simplemente un estadio preliminar en el proceso que culmina en el Estado nacional -socialista y fascista. Por lo tanto la ofensiva de la nueva concepción del Estado contra esos restos de un sistema político medioeval sólo ahora está alcanzado su apogeo". (Alfredo Rosenberg). El Estado nacional fué el ideal de la gran Revolución francesa. El Imperio racial es el hijo de la gran revolución nacional-socialista. El Estado nacional no es más que un enano en comparación del Imperio racial, así como la nación no es más que un fragmento de la raza. Por tanto el estado nacional debe desaparecer, debe transformarse en Imperio racial.

La lógica es débil (toda la relación entre "raza" y "Estado" es particularmente confusa), pero esto no es un problema de lógica. Es el problema de disfrazar ideológicamente los verdaderos hechos, el hecho de que las fuerzas productivas capitalistas que han alcanzado la cima de su expansión mecánica están irrumpiendo a través del límite nacional. Hitler no puede aceptar para ese objeto la consigna socialista de un "Estado mundial único", porque socialismo significa la confiscación de la propiedad privada de Thyssen. Pero toma el nebuloso concepto de "raza" y lo adapta a los propósitos concretos de las fuerzas productivas. Y Thyssen tiene así su ideología.

Esto significa: Thyssen ahora sólo puede actuar en el terreno de la política exterior, con los nacional-socialistas, sus ideas, su filosofía, sus consignas, sus líderes y sus diplomáticos. Porque la teoría del Imperio racial equivale en la práctica del hitlerismo a Imperio germánico europeo. Es decir, lo mismo que el plan continental de la industria pesada alemana.

ARIOS Y NO ARIOS

Por FRANZ BOAS

(Viene de la página 26)

mezclándose con los nativos. En aquel entonces numerosos judíos vivían acá y allá y se mezclaron con esos otros tipos. La grandeza de España floreció en un tiempo en que la mezcla de pueblos se encontraba en su apogeo.

En otras partes de Europa las condiciones han sido similares. Alemania, particularmente, fué siempre la escena de migraciones: de Norte a Sur, de Este a Oeste, y viceversa, multitudes de hombres pasaron sobre su suelo. La asimilación de elementos eslavos orientales, mediante la colonización, fué una fase posterior, del proceso de mezcla. Lo que se observa ahora es el resultado de esos acontecimientos históricos.

Hasta la estructura corporal del ser humano de períodos anteriores atestigua la importancia de remotas migraciones. Inglaterra fué una vez habitada por un pueblo caracterizado por cabezas largas y estrechas. Luego vino un pueblo en el cual predominaba la cabeza ancha y redonda, y que trajo consigo una diferente civilización. Ese tipo desapareció, siendo reemplazado por el blondo europeo del Norte, el cual ocupó la mayor parte del país. Tan sólo en Gales y en varios otros distritos hallamos tipos que sugieren los de Portugal. En Noruega, considerada de ordinario como un país puramente noroeste-europeo, el Sur está habitado por gente de diferente tipo, de piel y cabello más oscuro y de una estructura física distinta. En América encontramos un tipo de nativo que se presenta esporádicamente desde México hasta la California septentrional.

Cuando la tierra volvióse propiedad privada, ya sea del libre aldeano, ya del amo cuyos siervos estaban ligados a su propiedad, desarrollóse una vida sedentaria. Desde entonces, se han desenvuelto tipos locales más definidos: todos ellos están basados, empero, en las mezclas raciales formadas durante el período migratorio.

En una región en que la propiedad de la tierra es transmitida de padres a hijos y en que la esposa es elegida en el mismo lugar, tipos locales pronunciados pueden llegar a desarrollarse gracias a la entrecruza, por más que las diferencias entre los ascendientes se harán sentir todavía en los individuos que compone cada familia.

Estamos demasiado inclinados a suponer que si todos los individuos de semejante grupo

son similares con respecto al color de su cabello y de sus ojos, y a la estructura física, ellos deben ser similares en todos los otros órdenes también. Esto dista mucho de ser el caso; los atributos físicos del cuerpo no están tan íntimamente ligados entre sí como para ser heredados en masa. Por el contrario, el estudio de la herencia muestra que la forma física nunca es heredada como un todo, sino que las características de una larga línea de ascendientes reaparecen en combinaciones siempre nuevas.

Podría suponerse que la alta nobleza de Europa representa una raza más pura, pero lo contrario es lo cierto. Las genealogías muestran que, particularmente en este caso, la mezcla es ley. La nobleza de Suecia, por ejemplo, es en gran escala de origen extranjero.

Es una ficción hablar de una raza germana. Deberíamos preguntarnos más bien qué tipos de estructura física están representados entre los germanos. Entonces hallaremos una absoluta falta de uniformidad. Blondos de larga cabeza en el Norte, gente de piel más oscura y de cabeza pequeña en el Sur; anchas caras acá, caras estrechas allá; narices respingadas y aquilinas; estatura general alta y baja, ancha o pequeña. No existe una "raza germana"; solamente hay tipos locales, que difieren mucho entre sí y cada uno de los cuales comprende individuos de características diferentes, de tal modo que uno puede hallar representantes de todos esos tipos en cualquier parte de Alemania y los países vecinos. El alemán del Este está más emparentado con su vecino polaco que con el frisio; el tirolés muestra una mayor similaridad con el eslavo del Este alpino que con el alemán del Norte; el habitante de las inmediaciones del Rin se asemeja más al francés colindante que al alemán de regiones más alejadas.

Grupos nacionales y tipos locales nada tienen de común entre sí.

IV

YA que los judíos son considerados como un elemento en un todo diferente, debemos definir también su posición racial. Hay tanto una raza semita como la hay una aria, puesto que ambos términos definen a grupos lingüísticos y no a seres humanos. Solamente nos es dado hablar de tipos del Cercano Oriente. Ahora bien, existen por lo menos dos o tres diferentes tipos de tal naturaleza; armenios de piel oscura, kurdos

de piel más clara y el longuicéfalo tipo del Sur. Toda vez que se ha tratado de un grupo de judíos, los tres mencionados tipos estuvieron en él representados. Los judíos no son una raza uniforme. El tipo armenoide está estrechamente emparentado con el de los pueblos dináricos — los habitantes de la región oriental del mar Adriático — de tal modo que, en ciertos casos, el tirolés y el armenio apenas si pueden ser distinguidos con certeza. Una análoga relación existe entre los tipos sirio y mediterráneo. El contraste entre el rubio europeo del noroeste y el oscuro germano del sudeste es tan grande como lo es la diferencia entre este último y el judío armenoide.

Esta afirmación no excluye, empero, que existan diferencias más sutiles entre las estructuras físicas de la mayoría de los judíos y los no judíos de Europa; las diferencias no son sin embargo, fundamentales. Es un hecho por demás conocido que los morenos judíos sirioides son tomados a menudo por españoles o italianos, los armenoides por eslavos meridionales u otros alpinos, y los judíos rubios y de ojos azules por europeos del noroeste.

Además de esto, los judíos de diferentes países no son similares en sus características físicas. Más aún, existe cierta similitud entre ellos y sus vecinos. Este hecho resalta especialmente en el caso de los viejos judíos del Africa oriental y del Asia, que denotan un gran parecido con la gente entre la cual viven o han vivido.

Hacia fines de la Antigüedad y en el Medioevo, cuando los judíos convirtieron, como los cristianos, a pueblos de otros credos, el fenómeno de la mezcla no fué raro. Los judíos convirtieron a sus esclavos al judaísmo, haciendo prosélitos, como lo hicieron los cristianos. En los primeros siglos de nuestra era, los casamientos entre judíos y cristianos fueron frecuentes. En el año 633, el Concilio de Toledo decretó que las uniones entre judíos y cristianos fuesen disueltas a menos de que el judío abrazara la religión cristiana, prueba de que semejantes matrimonios eran bastante comunes. En la Alemania meridional prodújose el caso de que todo un ghetto fuera arrastrado hacia el río y bautizado por la fuerza. Con ello sus componentes volviéronse susceptibles de ser casados con cristianos.

La entremezcla no es, probablemente, el único factor que ha conducido al desenvolvimiento de tipos locales entre judíos. El cuerpo humano no es absolutamente independiente del ambiente que lo circunda, y es probable que los tipos locales dependan en parte de ese ambiente, natural y social al cual están expuestos.

De todo esto se desprende que no podemos trazar líneas precisas de distinción entre los grupos europeos de hoy día, y que en los grupos más grandes — el alemán, el francés, el judío, el finlandés, el húngaro, etc. — existen muchas líneas hereditarias con características similares,

de tal manera que hasta cuando ciertos atributos físicos, como, por ejemplo, el color rubio del cabello aparecen con gran frecuencia, otras características físicamente condicionadas varían en gran escala.

V

SIN embargo, todo es tan sólo el respaldo para la cuestión en la cual está basada toda la teoría "aria" sobre la singularidad del carácter germano; vale decir, sobre la cuestión de hasta qué grado el comportamiento psíquico depende de la forma corporal. Es indudable que existen relaciones entre la estructura física de un individuo y su mentalidad. Un ser humano cuyo cerebro tiene defectos anatómicos, y, por lo tanto, no funciona propiamente, no puede ser mentalmente normal. De un idiota no se puede sacar un genio.

Sin embargo, es imprudente sostener que toda diferencia en estructura corporal está inevitablemente ligada a una diferencia en la vida psíquica. Las funciones del cuerpo son extraordinariamente adaptables. La circulación sanguínea de una persona, físicamente inactiva, que vive en un clima caluroso al nivel del mar, y la de otra persona del mismo tipo que vive en una elevada meseta, donde la presión atmosférica es baja, son fundamentalmente distintas. Todas las funciones corporales cambian de un modo considerable, de acuerdo con las condiciones ambientales. Esto es igualmente cierto con respecto a la mentalidad. Las condiciones sociales influyen del modo más enérgico la actitud mental como un todo. Se ha intentado establecer una correlación entre el comportamiento mental y la estructura física de un hombre, — averiguar, por ejemplo, si una persona rubia y de cabeza larga tiene reacciones diferentes de las de un individuo de piel oscura y de cabeza ronda. Todos los experimentos estrictamente científicos de esta naturaleza prueban que, dentro de una misma atmósfera social, semejantes relaciones no existen. Hasta los estudios sobre la constitución humana, en lo cuales se investiga las relaciones entre los fenómenos anormales de la mente y la estructura física, no demuestran que todo ser humano de cierta organización corporal extrema **DEBA** padecer de disturbios mentales. Estos disturbios se presentan con más frecuencia, es cierto, en los tipos extremos, pero no hay grupo que consista solamente en tipos extremos. Por el contrario, los más comunes son los tipos intermedios, a cuyo respecto ninguna relación entre estructura física y comportamiento mental es demostrable.

Resulta difícil negar, en verdad, que grupos como los swabios y los frisios, por ejemplo, no se parecen mentalmente. Hasta puede admitirse que aldeanos swabios y frisios, que han permanecido estables en un lugar durante un largo tiempo, multiplicándose por cruce interna, pueden mostrar diferencias mentales basadas en

factores físicos. Se puede demostrar fácilmente, sin embargo, cuán dependientes son las diferencias mentales de las condiciones sociales. Así, por ejemplo, se han hecho observaciones exactas en negros que se trasladaron de la campaña a la ciudad, y se ha descubierto que la asimilación de dicha gente a los hábitos de la población urbana se lleva a cabo en el espacio de pocos años. Se ha demostrado análogamente que los inmigrantes italianos se asemejan, con el correr del tiempo, más y más a los americanos en sus costumbres. Una de las más instructivas ilustraciones de esta asimilación cultural es la facilidad con la cual los niños adoptan el dialecto y el modo de expresión de su ambiente.

Naturalmente, las formas corporales no son parecidas en regiones distantes las unas de las otras o en diferentes estratos de la sociedad. Empero, en cada población hallanse tipos tan completamente diferentes, que sería una empresa temeraria la de querer asignar con certidumbre un individuo al grupo social o local al cual pertenece, guiándonos tan sólo por su forma corporal. Cada región y cada grupo posee también un carácter mental definido. Nunca se ha probado, empero, que este carácter está determinado por el tipo físico de la gente, y hay muchas observaciones que indican que ello se debe, por el contrario, al lazo cultural que los une. La herencia puede explicar una parte de las manifestaciones semejanzas mentales entre padres e hijos, pero esta explicación no puede aplicarse a naciones enteras, en las cuales se acusan las más variadas líneas hereditarias. Estas — las naciones — asumen sus formas características bajo la presión de la sociedad. El grado en que el tipo de civilización condiciona las manifestaciones de

la vida mental puede observarse en fenómenos tales como los trastornos epidémicos de la mente en la Edad Media. Masas enteras de gente cayeron víctimas de danzas extáticas, semejantes a las que se observan aún hoy día en los "revival meetings" de los negros. Hasta qué grado semejante comportamiento extático podría repetirse en una gran escala en el presente es una cuestión a la cual, en vista de las prevalecientes histerias, bien podemos vacilar en responder. El fanatismo religioso de las Cruzadas, probablemente no sería susceptible de repetirse hoy día. Empero, otros tipos de fanatismo han ocupado ahora su lugar.

La tentativa hecha por los que están ahora en el poder en Alemania de justificar de un modo científico su actitud para con los judíos está construida sobre una pseudociencia. Nadie ha probado jamás que un ser humano, debido a su descendencia de un determinado grupo de gente, debe poseer necesariamente ciertas características mentales. Una nación no es definible por su descendencia, sino por su lengua y sus costumbres. De otro modo, los alemanes, los franceses y los italianos no serían nacionalidades. El lenguaje y las costumbres están mucho más determinados por el ambiente en el cual el niño crece que por su descendencia física, porque los atributos del cuerpo, en el supuesto caso de que ejerzan del todo cierta influencia, se manifiestan con extraordinaria variedad dentro de cada grupo.

Así como los eslavos y franceses germanizados se volvieron alemanes en su cultura; así como los alemanes afrancesados volviéronse franceses, y rusos los rusificados; así también los judíos alemanes se volvieron alemanes, en su cultura.

La farsa de los Fuegos Olimpicos de Alemania

Una carta de J. T. MAHONEY

Es sabido que las Olimpiadas organizadas por los nazis en Berlín pueden considerarse fracasadas. La extrema tensión creada en Europa a consecuencia de la agresiva actitud del dictador alemán ha motivado el retiro de la inscripción de la mayor parte de las naciones del viejo continente. A ello se agrega la negativa de gran número de instituciones deportivas norteamericanas.

Por considerarla de gran interés ofrecemos el texto íntegro de la carta dirigida por J. T. Mahoney, Presidente de la Amateur Athletic Union of the United States, al Dr. Theodor Lewald, Director del Comité Olímpico Alemán, demostrando la farsa de los juegos olímpicos alemanes, cuya única finalidad es servir de instrumento a la propaganda nacional - socialista.

Estimado Dr. Lewald:

Su lamentable actitud como director titular del Comité Olímpico Alemán me obliga a desmentir sus manifestaciones apologéticas respecto al deporte en Alemania y a la participación estadounidense en los Juegos Olímpicos. Y al hacerlo, créame que lo siento por usted a quien antes respeté como a un verdadero "sportman" que cultivó las mejores tradiciones y los más altos ideales deportivos. No ignora cuán difícil es su situación como miembro de una gran agrupación de Cristianos No Arios, a los cuales su gobierno barbaraamente ha relegado junto con los judíos alemanes, a la calidad de parias en su propia patria.

No cabe la menor duda que le ha sido a usted permitido conservar el cargo que ocupa en el Comité Olímpico Alemán sólo a insistentes pedidos del "Comité Olímpico Internacional", por la fuerza de la opinión pública, pero mucho me temo que, careciendo de toda autoridad efectiva, será utilizado como pantalla para encubrir las flagrantes violaciones de su gobierno a la idea olímpica del "fair play" para todo el mundo.

Si no es usted un rehén de su gobierno, le aconsejo, estimado Dr. Lewald, presente su renuncia formal y pública del cargo que actualmente ocupa en el Comité Olímpico, en homenaje a aquellos ideales de "sportman" a los cuales se consagró durante toda su vida.

Permítame adelantarle que, bajo el actual gobierno, su país no observa y no puede observar los principios de democracia y de igualdad, en cuyos auspicios deben basarse los juegos olímpicos. El código olímpico, que reconoce en el dominio del "sport" la más absoluta antítesis de la ideología nazi, que tiene como puntal el dogma de la desigualdad racial.

Hasta que no termine el régimen nazi, el pueblo norteamericano no tendrá motivo alguno para creer que el verdadero espíritu deportivo, al cual se hallan subordinados los Juegos Olímpicos, pueda encontrar su expresión en Alemania.

Como usted sabe la "América Amateur Athletic

Unión", cuya presidencia me honro en ocupar, adoptó en noviembre de 1933, una resolución contra la participación estadounidense en las Olimpiadas mientras no recibiese una prueba efectiva de que su país no sólo permitía, sino que alentaba la participación en las mismas de los atletas judíos. Esta resolución, todavía en vigor, ha sido indispensable mantenerla, a pesar de las innumerables como inútiles comunicaciones dirigidas al Comité Olímpico Internacional, por parte del Comité Olímpico Americano y la Unión Atlética de Amateurs Americanos, quienes no lograron obtener garantías de ninguna clase, para los atletas no arios.

Los judíos alemanes excluidos de los juegos

Como resultado de mis investigaciones, estoy convencido — no concibo cómo puede usted negarlo — que los judíos alemanes han sido excluidos de la posibilidad de participar en los juegos olímpicos, por el solo hecho de ser judíos; que no sólo no los alentaron a tomar parte en ellos, sino que bajo las condiciones de vida en que se encuentran en su país, se hallan imposibilitados de hacerlo; que el actual gobierno alemán ha implantado sus principios de racismo, de religión y de política en el deporte en general y en los Juegos Olímpicos en particular destruyendo así su carácter libre e independiente; y si en la actualidad Alemania carece de judíos de calibre olímpico, débese a que se les ha negado adecuadas facilidades para entrenarse, forzando a muchos de ellos a exilarse o a suicidarse.

En una palabra, el "párrafo ario" es aplicado con la misma saña y brutalidad en el deporte, como en las demás fases de la vida alemana.

Estoy convencido, finalmente, que la eliminación en el deporte, que comenzó con los judíos, ha sido extendida a los católicos y protestantes que no se han sometido servilmente a todos los deseos nazis, incluso en la esfera de la conciencia.

Volvamos a las "razones" contenidas en sus ma-

nifestaciones:

Sostiene usted que el conde Baillet-Latour, presidente del Comité Olímpico Internacional, ha dicho que el gobierno Alemán no es hostil a los Juegos Olímpicos.

¿Invoca usted dicho nombre porque honestamente no puede hacer suya esa manifestación? Naturalmente, lo que el conde Baillet-Latour ha dicho es teóricamente cierto, pero si su gobierno ha abandonado actualmente su hostilidad: ¿Cómo explica usted lo siguiente?

A) ¿Por qué fué necesario que el Comité Olímpico Alemán consultara y obtuviera el consentimiento del gobierno alemán, antes de prometer al Comité Olímpico Internacional, al Comité Olímpico Americano y a la Unión Atlética de Amateurs Americanos que observarían las reglas de los Juegos Olímpicos, sin excluir a los judíos alemanes?

En la historia de las Olimpiadas realizadas hasta la fecha ¿acaso fué menester efectuar tales consultas ante cualquier gobierno, respecto de este punto?

B) ¿Por qué apareció en el calendario olímpico — editado por su comité — la fotografía del Presidente del Reich, Adolfo Hitler con un llamado del mismo a las juventudes de todo el mundo, incitándolos a concurrir a los Juegos Olímpicos?

La no intromisión de la política nazi en las olimpiadas es puesta en duda

Afirma usted que los Juegos Olímpicos nada tienen que ver con la política o la religión. Esto es cierto en lo que respecta únicamente a los Juegos Olímpicos realizados en otros años y en otros países.

Sin embargo, si las Olimpiadas de 1936 se hallan libre del virus político o religioso inyectado a ellas por o con la aprobación de su gobierno ¿Cómo explica usted?:

A) Que los "sports" en Alemania, como todas las demás actividades deportivas y del pueblo alemán, estén controladas por el gobierno, más específicamente por Hans von Tschammer-Osten, comisario del Deporte del Reich, Adolfo Hitler?

B) Que von Tschammer-Oster sea miembro del Comité Organizador de las Olimpiadas y que todos los preparativos para los Juegos Olímpicos se hallen controlados e indefectiblemente sujetos a su exclusiva aprobación?

C) Que todas las ramas del deporte y atletismo estén representadas en la Asociación de Cultura Física del Reich, de la que son miembros: el Tennis, Hockey, Atletismo pesado, Ski, Patinaje sobre el hielo, Pelota-Ski, la Escuela Superior de Cultura Física, Asociaciones de Football, la "Deutsche Turnerbund" y todos los demás deportes arios; que von Tschammer-Osten sea el dictador supremo de los deportes alemanes y que la policía de la Asociación de Cultura Física y todas sus subdivisiones estén controladas por sus satélites, lo que ha traído como consecuencia que los deportes y los Clubs deportivos hayan perdido su independencia y su reglamentación democrática que conquistaron glorias para Alemania?

D) Que el entrenamiento de los atletas para los Juegos Olímpicos, se haya convertido en una función del gobierno alemán, bajo la dirección de von Tschammer-Oster?

E) Que con la aprobación de von Tschammer-Oster, todos los no arios hayan sido excluidos de las comisiones directivas de los clubs que están federados a la Asociación de Cultura Física del Reich?

F) Que a los católicos y a los protestantes no se les permite mantener sus propios clubs, o tomar

parte en actividades deportivas si no se afilian a la Juventud Nazista de Hitler o a los clubs deportivos controlados por los nazis?

G) Que la swástica, a la que el Presidente del Reich, Adolfo Hitler, llamara el "símbolo del pensamiento antisemita eterno", y que el primer ministro prusiano Wilhelm Goering lo consideró "el estandarte de los antisemitas del mundo entero", ha llegado a ser la única bandera oficial del Reich, que flameará seguramente en los Juegos Olímpicos?

H) Que en Julio de 1935 el "team" de tennis Blancos-Azules de Dresden que ganó el campeonato intermedio alemán, clasificándose para disputar la próxima vuelta de los Juegos de Meden, haya sido privado de su victoria porque después de ser interrogado sus miembros integrantes, por un oficial político, resultaron tener poco arraigada la ideología nacional-socialista, o mejor dicho, eran escasamente antisemitas?

I) Que usted mismo Dr. Lewald, haya sido destituido de su cargo en el Comité Olímpico Alemán, porque al parecer uno de sus ascendientes fué judío, y, a no mediar la protesta de toda la comunidad deportiva justamente ofendida, no ocuparía el cargo actual?

¿Cómo explica, estimado Dr. Lewald, todas estas cosas?

Desconfianza a Alemania bajo los nazis

Pregunta usted por qué los estadounidenses recelan del espíritu deportivo del pueblo alemán. Ignoro si existen realmente tales recelos. Estimo y respeto al pueblo alemán. Pero estoy seguro que el mismo desconfía del espíritu deportivo del partido nazi que actualmente domina al país y que pretende hablar y obrar en su nombre.

Las siguientes causas son sólo algunas de las que pueden motivar esos recelos del pueblo norteamericano.

A) Nuestro pueblo asiste y comprueba la lucha de exterminio cruel en que el partido nazi se ha lanzado contra toda la población judía de Alemania.

B) En el año 1934, Bruno Malitz, "líder" deportivo de las tropas de asalto de Berlín, publicó un libro titulado: "El espíritu de los deportes en el Tercer Reich". Este libro recibió la aprobación oficial y se distribuyó libremente en todas las entidades deportivas de Alemania. Ocupando en la lista de obras nazistas un sitio de preferencia, debido a la elección efectuada por el ministro de Propaganda y de Culto del Reich. Malitz, en la obra citada, recuerda al pueblo alemán que su deporte está hecho de odio y que el nacionalsocialismo "no puede considerar de beneficio alguno para nuestro pueblo, permitir viajar libremente a través de nuestro país a los sucios judíos y negros, y menos competir en juegos atléticos con los mejores atletas alemanes".

C) "Der Stürmer" del 1.º de agosto de 1933, comentando el suicidio de Fritz Rosenfelder — que se mató al conocer su expulsión de los clubs deportivos, que había organizado y dirigido durante muchos años, por el solo hecho de no ser ario — se decía: "Es evidente la causa por la cual fué expulsado Rosenfelder. Necesitamos destruir, no hablar.

"Los judíos son judíos, y no hay lugar para ellos en el deporte alemán".

D) El 14 de junio de 1934 apareció en los diarios controlados por el gobierno alemán un artículo especial en el cual se sostenía que el judío no podía tener derecho a pertenecer a ninguna liga de deporte alemán, porque no puede permitirse a los individuos de raza judía representar al deporte germano, como sucedió cuando Alemania fué representada por el célebre jugador de tennis Daniel Prenn, que era

judío.

E) El 6 de agosto de 1935, todos los clubs deportivos de Alemania fueron convocados para el mes de septiembre del mismo año, con el propósito de tratar la cuestión judía o, para decirlo claramente, con el objeto de instruirlos en el antisemitismo.

F) El 5 de septiembre de 1935, el comisario del Deporte del Reich, von Tschammer-Oster, anunció que la más alta recompensa en el deporte alemán — la "Reichsportabzeichen" — podría ser adjudicada en el futuro únicamente a los alemanes de descendencia aria.

G) En la noche del 15 de junio de 1935, bandas organizadas de las tropas de asalto nazis atacaron a hombres y mujeres indefensos en el Kurfuerstendamm — una de las principales calles de Berlín — haciendo una masacre, por el solo hecho de ser judíos o creer que eran judíos o descendientes de judíos.

Los norte americanos no consideran estos actos de vandalismo y barbarie lo suficientemente elevado, como para tomarlos por manifestación del espíritu deportivo precisamente.

Si desea, usted, Dr. Lewald, que amplíe estas razones, me será grato hacerlo, pero quizá ellas basten por ahora.

Sostiene usted que a los judíos extranjeros se le ofrecerán en Alemania las mismas comodidades que a los demás concurrentes a los Juegos Olímpicos y que en el plan preparado para ofrecer hospedaje a los visitantes de las Olimpiadas, no se harán diferencias de ninguna clase entre judíos y no judíos.

Si así fuera en realidad ¿podría acaso explicar usted porqué el 25 de septiembre de 1935, "Der Anariff" — órgano personal del Dr. Paul Joseph Goebbels, ministro de Propaganda y Culto — publicó un despacho oficial del gobierno concerniente a la preparación de los Juegos Olímpicos, en el cual se decía que "no se efectuarían preparativos de ninguna clase ni se habilitarían comodidades para los "teams" olímpicos en los hogares judíos"?

Carteles antisemitas con leyendas insultantes

Sostiene usted., Dr. Lewald, que cada visitante será recibido muy cordialmente, sin tener en cuenta sus opiniones. Sin embargo, también agrega que ignora si "los carteles antisemitas serán o no retirados durante los juegos". Con esto pretende eludir cualquier complicidad al respecto.

En lo que respecta a este asunto, desearía preguntarle, Dr. Lewald:

A) Si usted, como director del Comité Olímpico Alemán, no puede obtener el retiro de esos anuncios ofensivos, que no sólo insultan y difaman a los judíos de Alemania, sino a todos los judíos en general, ¿qué autoridad inviste usted realmente?

B) Se consideraría usted muy cordialmente recibido en nuestro país si dondequiera que fuese, viera carteles insultantes para el pueblo alemán?

C) ¿Negará usted que un anuncio semejante fué colocado en la entrada del Garmisch-Partenkirchen, lugar de los Juegos Olímpicos de Invierno, prohibiéndose la entrada a los judíos. ¿Y es éste uno de esos carteles acerca del cual no está usted en condiciones de asegurar si, podrá ser retirado?

Puede un judío estadounidense sentir deseos de visitar los Juegos Olímpicos de Invierno sabiendo que encontrará como cordial acogida en Garmisch-Partenkirchen un cartel prohibiendo la entrada a los judíos? Y si se permite la entrada a los judíos norte americanos, pero se impide la de los judíos alemanes ¿pueden los primeros considerar este proceder como una prueba de cordialidad?

D) Sostiene usted que aun los visitantes que no

simpatizan con Alemania serán bien recibidos, porque así tendrán una oportunidad única de comprobar en Alemania lo que deseen.

Naturalmente, usted bien sabe que estarán solamente en condiciones de ver precisamente lo que su gobierno desee que vean y nada más, de acuerdo con la rígida disciplina dispuesta "ad-hoc" por el mismo.

El gobierno alemán ha organizado todo con tal perfección de detalles, que los Juegos Olímpicos — como la Confederación Internacional de Estudios Penales, realizada en Berlín el último verano — constituirán un instrumento más de propaganda nazi.

Esto se trasluce claramente ante el reciente comunicado de su gobierno, aparecido en el "Voelkscher Beobachter" — órgano personal del Presidente del Reich, Adolfo Hitler — en el que se anuncia la apertura de una gran exposición nacionalsocialista, conjuntamente con los juegos, la que será "presentada como una concreta demostración de los principios y del programa nacionalsocialista".

La persecución a los católicos y a los protestantes

Añade usted en sus manifestaciones, que los atletas católicos no han sido eliminados intencionalmente, y que el cargo hecho al gobierno de Hitler de atacar las libertades de la iglesia protestante nada tiene que ver con los Juegos Olímpicos.

Quiero preguntarle a usted:

¿Es que pretende hacernos creer que la persecución nazi a los católicos y a los protestantes — de distinta esencia que la llevada contra los judíos — no se refleja en el deporte y que los miembros de agrupaciones confesionales pueden, sin desmedro para su dignidad, afiliarse a los clubs de deportes nazistas? ¿Sin sacrificar su libertad de conciencia? ¿Negaría usted que la ideología nazi y el nuevo paganismo que los nazis han introducido en los centros de la juventud y en el deporte, no son incompatibles con el cristianismo y que esta incompatibilidad hace dificultosa o francamente imposible para los creyentes católicos y protestantes asociarse con las organizaciones deportivas nacionalsocialistas? Como prueba de que los judíos no han sido eliminados de los Juegos Olímpicos aduce usted el hecho de haberse abierto dos cursos de entrenamiento para ellos, de una duración que va de tres a seis semanas. ¿Sostendría un "sportman" de su categoría que el período regular de entrenamiento para un campeón olímpico es de sólo seis semanas? ¿Es ése acaso el período acordado a aquellos atletas arios que Alemania ha decidido que la representen?

En mi país siempre hemos considerado que dos años constituyen el período regular necesario para el entrenamiento de los campeones olímpicos.

Sostiene usted que los judíos poseen facilidades para su propia preparación.

¿Se referirá a las facilidades obtenidas un año y medio después que los demás participantes utilizaron las construcciones y dependencias especialmente construidas y que fueron costeadas y son mantenidas aún por el producto de un impuesto general, del cual no se han visto hasta la fecha eximidos los judíos a pesar de haber permanecido dichas dependencias cerradas para ellos? ¿Podría comparar estas facilidades para el entrenamiento, con las que contaron los no judíos, facilidades obtenidas a un precio tan oneroso?

comparar estas facilidades para el entrenamiento, con las que contaron los no judíos, facilidades obtenidas a un precio tan oneroso?

¿Negará usted que, salvo raras excepciones, —

hechas para impresionar a la opinión pública extranjera — a los "teams" de atletas judíos se les impidió tomar parte en los concursos con los "teams" arios? ¿Cómo explicará el hecho de que en junio de 1934, un "match" concertado entre el team judío Bar Kochba y la asociación deportiva aria Helios fuera cancelado, como resultado de la presión ejercida por el comisario de Deportes del Reich?

¿Cómo explica usted que, en julio de 1935, la Asociación Deportiva Policial de Berlín haya expulsado de su seno a todos los miembros que habían participado en un partido jugado con un "team" de mujeres judías?

Muerte, destierro o expulsión, tal ha sido el destino de los atletas judíoalemanes

Sostiene usted que Alemania carece de elementos judíos de calibre olímpico.

¿Acaso no es verdad que carece de ellos, porque los más grandes, los mejores campeones judíoalemanes han sido desterrados, expulsados o han encontrado en el suicidio un medio para poner fin a los ignominiosos procedimientos nazistas? ¿No fueron acaso barridos del entrenamiento y eliminados de toda competencia con los arios, viéndose, además, en vueltos en la maraña de calumnias, odios intensos y ultrajes de toda clase, que les hacía imposible seguir desarrollando sus actividades deportivas en forma alguna?

Carece de importancia que Fraulein Bergmann haya ganado el campeonato de salto en alto. Pero es importante hacer resaltar que actualmente no tenía "training" adecuado, pero se la eliminó del torneo nacional porque no siendo aria no podía pertenecer a la Asociación Alemana de Atletismo liviano.

Carece también de importancia el que las varias veces campeona Helen Meyer integrara o no el "team" alemán.

Pero sí la tiene el que no fuera invitada a participar en la Olimpiada Alemana por no ser aria, por lo menos hasta el corriente mes... También es importante hacer remarcar que cuatro veces anuncióse que había sido invitada a participar en las Olim-

piadas Alemanas, pero lo cierto es que hasta el 30 de septiembre de 1935, Helen Meyer no había recibido aún ninguna de dichas invitaciones...

¿Espera usted doctor Lewald, que el mundo crea que un gobierno que ha transformado a los judíos en parias, que los ha privado de su nacionalidad y que les ha prohibido desplegar la bandera nacional y que trata de degradarlos en todas las formas posibles desee que los judíos lo representen en las Olimpiadas?

¿Cómo concibe usted los decretos de Nuremberg, que degradan al judío y sus manifestaciones y las de su gobierno con las que el Código de las Olimpiadas sostiene?

Como atenuantes de la eliminación hecha por los nazis, alega usted las efectuadas contra los judíos y los negros en los Estados Unidos.

Si es verdad que algún club atlético norteamericano excluye de su seno a los judíos, y que los negros no son admitidos como así lo manifiesta usted, este hecho significa, a lo sumo, una actitud individual o de grupo, pero nunca una medida de gobierno, o de carácter oficial. Felizmente, el antisemitismo y los odios raciales y religiosos no han adquirido carta de ciudadanía en América.

Por último, afirma usted que la participación en los Juegos Olímpicos no involucra de manera alguna el reconocimiento de las ideas sustentadas por el gobierno de Hitler de parte de los países concurrentes. Creo que la participación en las Olimpiadas bajo la insignia swástica implica una tácita aprobación a todo lo que la swástica simboliza.

Ciertamente no significa la completa de aprobación y la repugnancia que muchos americanos sienten. Pero creo que la participación de Norte América en los Juegos Olímpicos de Alemania significa la adhesión moral y financiera americana al mantenimiento del régimen nazi, que contraría a todo lo que nuestros compatriotas aprecian más profundamente. Por consiguiente, espero obtener de todos ellos la adhesión que uniré a la mía, para oponernos enérgicamente a la participación estadounidense en los Juegos Olímpicos, ayudándome a conseguir el traslado de los mismos a otro país.

(Del "New York Times").



¿Es Posible Suprimir La Guerra?

(Viene de la página 32).

que no conocen ni la sujeción ni la agresión. Me cuesta creer en ello y me sentiría feliz si supiera algo más de esos seres felices. También los bolscheviques esperan llegar a suprimir la agresión humana al asegurar la satisfacción de las necesidades materiales tan pronto instauren la igualdad entre los beneficiarios de la comunidad. Estimo que eso es una ilusión. Por ahora, están minuciosamente armados, y el odio que sustentan hacia todos aquellos que no son de los suyos no constituye la menor contribución para asegurarse la cohesión de sus partidarios. Por otra parte, tal como lo señala usted mismo, no se trata de suprimir la inclinación humana a la agresión; podría hacerse un esfuerzo por canalizarla, de tal suerte que no halle su modo de expresión en la guerra.

Partiendo de nuestras leyes mitológicas del instinto llegamos fácilmente a una fórmula que abre indirectamente una senda para la lucha contra la guerra. Si la propensión a la guerra es un producto de la pulsión destructora, entonces hay lugar para hacer un llamado al adversario de esa inclinación, al EROS. Todo aquello que engendra, entre los hombres, lazos de sentimiento debe reaccionar contra la guerra. Esos lazos pueden ser de dos clases. En primer lugar, las relaciones tal como se manifiestan frente a un objeto de amor, aun sin intenciones sexuales. La psicoanálisis no tiene por qué avergonzarse al hablar de amor, en este caso, pues la religión usa el mismo lenguaje: ama a tu prójimo como a tí mismo. Obligación fácil de proferir, pero difícil de cumplir. La segunda categoría de los lazos sentimentales es la que procede de la identificación. Es sobre ellos que reposa, en gran parte, el edificio de la sociedad humana.

JEFES Y SUBORDINADOS

ENCUENTRO, en una crítica que usted hace sobre el abuso de autoridad, una segunda indicación para la lucha indirecta contra la inclinación a la guerra. Es una de las facetas de la desigualdad humana, — desigualdad nata y que no podría combatirse, — que exige esa repartición en jefes y en subordinados. Estos últimos forman la gran mayoría; necesitan una autoridad que tome por ellos decisiones a las cuales se someten casi siempre sin reservas. Podría observarse, en este orden de ideas, que habría que dedicarse, mejor de lo que se ha hecho hasta ahora, a formar una categoría superior de pensadores independientes, de hombres innaccesibles a la intimidación y entregados a la investigación de la verdad, que asumirían la dirección de las masas

desprovistas de iniciativa. Que el predominio adquirido por los poderes del Estado y la prohibición del pensamiento por la Iglesia no se prescinden de ningún modo a una formación semejante, no hay necesidad de demostrarlo. El Estado ideal residiría, naturalmente, en una comunidad de hombres que hubieran sometido su vida instintiva a los dictados de la razón. Nada podría crear una unión tan perfecta y tan resistente entre los hombres, aun cuando debieran renunciar en igual medida a los lazos de sentimiento los unos frente a los otros. Pero existen todas las probabilidades de que esa sea una esperanza utópica. Los otros caminos y medios de impedir la guerra son, ciertamente, más practicables, pero no permiten contar con éxitos rápidos. No es agradable imaginar molinos que muelan tan lentamente que se tendría tiempo de morir de hambre antes de obtener la harina.

¿PORQUE SOMOS PACIFISTAS?

COMO ve usted, casi no se adelantan las cosas al querer consultar a los teóricos extraños al mundo, cuando se trata de tareas prácticas y urgentes. Más valdría esforzarse, para cada caso particular, en afrontar el peligro, con los medios que se tienen a mano. No obstante, quisiera tratar aún un problema que usted no promueve en su carta y que me interesa especialmente: ¿Por qué nos levantamos con tanta fuerza contra la guerra, usted y yo y tantos otros con nosotros, por qué no tomamos nosotros nuestro partido como una de las innumerables vicisitudes de la vida? Ella parece, sin embargo conforme a la naturaleza, biológicamente muy fundada, y, prácticamente, casi inevitable. No se escandalice usted de la cuestión que planteo aquí. Para las necesidades de una encuesta, tal vez esté permitido tomar la máscara de una impasibilidad que casi no se posee en la realidad. Y se aquí cuál será la respuesta: porque todo hombre tiene un derecho sobre su propia vida, porque la guerra destruye vidas humanas cargadas de promesas, coloca al individuo en situaciones que lo deshonoran, le obliga a matar a su prójimo contra su propia voluntad, aniquila preciosos valores materiales, productos de la actividad humana, etc. Agréguese además que la guerra, en su forma actual, ya no da ninguna ocasión de manifestar el antiguo ideal de heroísmo y que la guerra de mañana, merced al perfeccionamiento de las máquinas de destrucción, equivaldrá a la exterminación de uno de los adversarios, y hasta es posible de los dos.

* * *

TODO esto es exacto y aún parece tan incontestable que uno se limita a asombrarse de que un acuerdo unánime de la humanidad todavía no haya suprimido la guerra. Se puede, evidentemente, discutir uno u otro de esos puntos y preguntarse, por ejemplo, si también la comunidad no debe tener un derecho sobre la vida del

**Correspondencia
entre
Einstein y Freud**

individuo; no podría condenarse al mismo título todos los gérmenes de guerra; en tanto existan imperios y naciones decididas a exterminar a los otros sin piedad, esos otros deben estar equipados para la guerra. Pero tenemos prisa en pasar sobre todos estos problemas, pues no es esa la discusión a la cual usted se propone llevarme. Quiero llegar a otra cosa: Creo que el motivo esencial por el cual nos levantamos contra la guerra, es porque no podemos obrar de otra manera. Somos pacifistas, porque debemos serlo en virtud de móviles orgánicos. Por lo demás nos será fácil justificar nuestra actitud con argumentos.

TODO LO QUE TRABAJA POR LA CULTURA, TRABAJA CONTRA LA GUERRA

ESO no puede dejarse sin explicación. Y agrego esto: desde tiempos inmemoriales, la humanidad experimenta el fenómeno del desenvolvimiento de la cultura. (Algunos preferirían, lo sé, usar aquí el término de civilización). Es a este fenómeno que debemos lo mejor de lo que estamos hechos y una buena parte de aquello de que sufrimos. Sus causas y sus orígenes son oscuros, su destino es incierto, y algunos de sus caracteres son fácilmente discernibles. Tal vez conduzca a la extinción del género humano, porque perjudica por más de un lado a la función sexual, y ya actualmente las razas incultas y las capas atrasadas de la población se multiplican en mayores proporciones que las categorías refinadas. Quizá haya que poner también este fenómeno en un paralelo con la domesticación de ciertas especies animales; es innegable que entraña modificaciones físicas; todavía no se está familiarizado con la idea de que el desenvolvimiento de la cultura pueda ser un fenómeno orgánico de ese orden. Las transformaciones psíquicas que acompañan el fenómeno de la cultura son evi-

dentos e indubitables. Ellas consisten en una evicción progresiva de los fines instintivos, unida a una limitación de las reacciones impulsivas. Sensaciones que, para nuestros antepasados, estaban cargadas de placer se han vuelto para nosotros indiferentes y hasta intolerables; hay razones orgánicas para la transformación que han sufrido nuestras aspiraciones éticas y estéticas. Entre los muchos caracteres psicológicos de la cultura, hay dos que aparecen como los más importantes: el afianzamiento del intelecto, que tiende a dominar la vida instintiva, y la reversión interior de la inclinación agresiva, con todas sus consecuencias favorables y perjudiciales. Y ya que las concepciones psíquicas hacia las cuales la evolución de la cultura nos conduce son ofendidas de la manera más viva por la guerra, debemos por eso sublevarnos contra ella; más que nada, simplemente no podemos soportarla; no es sólo una repugnancia intelectual y afectiva, sino, en nosotros, los pacifistas, una intolerancia constitucional, una idiosincracia en cierto modo agrandada al extremo. Y parece que las degradaciones estéticas que comporta la guerra no cuentan mucho menos, en nuestra indignación, que las atrocidades que ella suscita.

Y entretanto ¿cuánto tiempo se necesitará aún para que los demás se vuelvan pacifistas a su vez? No podría indicarse; pero quizá no sea una utopía confiar en la acción de esos dos elementos. — la concepción cultural y el justificado temor de las repercusiones de una conflagración futura. — para poner término a la guerra en un porvenir próximo. Por qué caminos o rodeos, no podemos adivinarlo. Mientras esperamos, podemos decirnos: todo aquello que trabaja por el desenvolvimiento de la cultura trabaja también contra la guerra.

Saludo a usted muy cordialmente, y si mi exposición ha podido decepcionarlo le ruego que me perdone, Suyo

SIGMUND FREUD

CUADRERIA Y FABRICA DE PANTALLAS DE SEDA Y CELULOIDE

"La Gloria"

— DE —

LEON WEITZMAN

VENTAS POR MAYOR Y MENOR

ULTIMAS NOVEDADES

18 DE JULIO 1495
(esq. Vázquez)
U. T. E. 47514
MONTEVIDEO

Casa Agnés

Modas - Lutos

La casa del buen servicio y del más grande surtido



Av. 18 DE JULIO 1463
casi enfrente del monumento del Gaucho —
MONTEVIDEO

Especialidad en sedas y lanas

Corbatas de alta calidad
Pida Trajes de Baño
marca
G O L D F I S C H

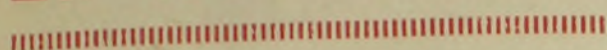
Fábrica Nacional
Tejidos de punto
de

"LA MODERNA"

B. M I O D O W N I K

Fábrica:
BUENOS AIRES 440
Salón de Ventas:
BUENOS AIRES 438
U. T. E. 84538
Montevideo

La Holandesa



ADOLFO WEISSMAN

FABRICA DE BOMBONES, CHOCOLATES Y GALLETITAS FINAS



NUEVA PALMIRA 1633

U. T. E. 23290

Escritorio: N. PALMIRA 1617

La Contianza

MUEBLES DE ESTILO Y
ECONOMICOS

Tapices de alta calidad



SORIANO 873

entre Andes y Convención

Frente al cine "Cervantes"

U. T. E. 82463

Por camas de bronce,
de hierro, muebles, living,
artefactos: no
compre sin consultar
precios en las fábricas
de

SIMON ORESTEIN

SAN MARTIN 2785

esq. Garibaldi

U. T. E. 23637

ADOLFO STEINITZ

COMPENSADOS

CHAPAS DE MADERA

HERRAJES

MADERAS EN GENERAL

SAN FRUCTUOSO 1849

Sucursal: Cerro Largo 774

MONTEVIDEO

TELEFONO 24444

Ropería SORIANO

GOLDSCHMIDT
y GOLDBERG

Ventas por Mayor
Recientemente instalada
bajo la dirección del
modelista y cortador de la
ex - casa Manevich

Precios sin competencia en
plaza

SORIANO 835

U. T. E. 82791

Se atiende pedidos del Interior

MUEBLERIA

Casa del Buzo

GRAL. FLORES 2610-14

Hallará los mejores muebles y tapices
a precios más bajos de plaza

Radios SUPERHETERODINO de
Onda Corta y Larga desde \$ 59.00

Aceptamos órdenes de Coop. Usinas

Eléctricas, Municipal, Ferroviarias

Mutua Militar y A. N. D. A.

Fábrica de Chocolates, Bombones,
Cocoas, Caramelos, Dulces,
Pastillas, etc.

"EL LEON"



J. STAROSTA

Calle REPUBLICA 2266 - 72

U. T. E. 26160

MONTEVIDEO



TRIBUNA CULTURAL